

John Berger
Selçuk Demirel

¿ESTAMOS A TIEMPO?

Edición de
Maria Nadotti

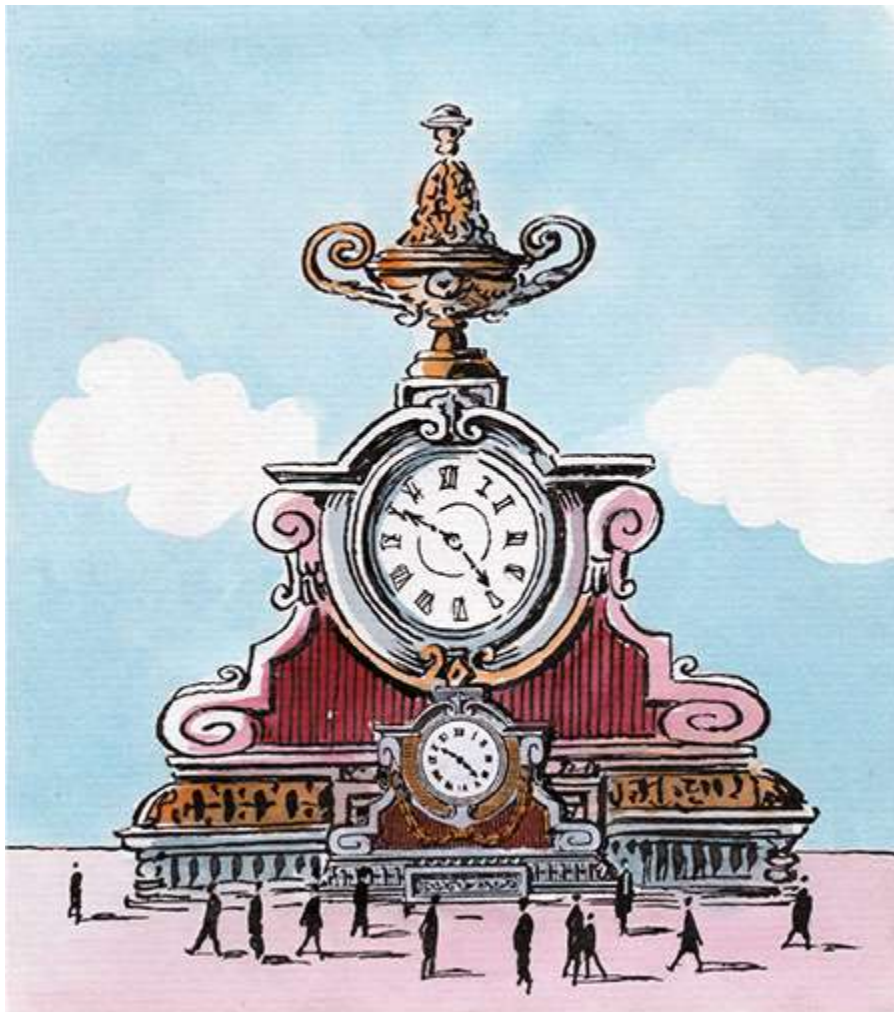
Traducción de
Pilar Vázquez



Nørdicalibros

John Berger
Selçuk Demirel

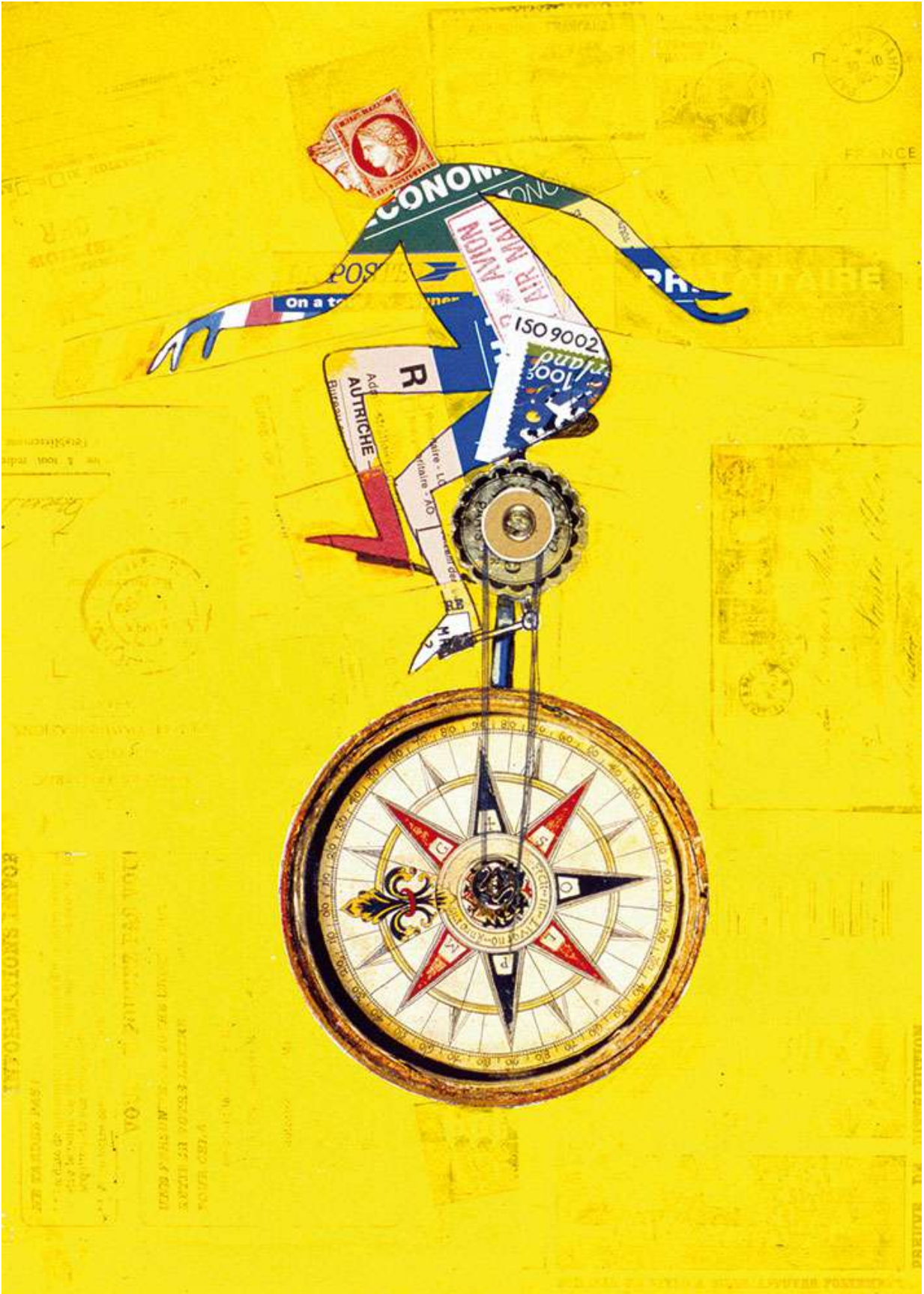
¿Estamos a tiempo?











TOMARSE EL TIEMPO

MARIA NADOTTI

John Berger y Selçuk Demirel habían empezado a pensar y a trabajar en el libro que tienes ahora en las manos en 2016. Sería un nuevo capítulo de una colaboración (¿o, más bien, una conspiración?) basada en el juego, el placer, la curiosidad y la admiración mutua, el goce de descubrir juntos lo que sucede cuando la imagen y la palabra van de la mano, sin que la una presente o explique a la otra.

Ese «decirlo de otra manera» que dio lugar a *Un homme sur la plage* (1993-1998), *Cataratas* (2011) y *Smoke* (2016) se aplicará esta vez a una cuestión crucial para ambos: el tiempo. El tiempo como concepto filosófico que cambia según los momentos históricos y políticos del pensamiento; el tiempo de la memoria y del duelo; el tiempo del amor y de la esperanza; el tiempo del cuerpo biológico, prisionero de sus ritmos implacables, y aquel, eterno, de la conciencia; el tiempo de la resistencia y de la revuelta, del proyecto y de la visión; el tiempo de la naturaleza, entre la duración efímera de la mariposa y el tiempo rocoso y, sin embargo, morrénico, de las montañas y de los glaciares; el tiempo despiadado e indiferente del capital, que condena a la obsolescencia todo lo que encuentra a su paso; el tiempo de los sueños y de la invención, de la escritura y del dibujo.

A John Berger no le dio tiempo a completar esta aventura a cuatro manos. El 2 de enero de 2017 «saltó» al otro lado, como una liebre escondiéndose.

Unas semanas después, comiendo con Selçuk Demirel, coincidimos en que sería una pena abandonar el proyecto y en que teníamos que intentar «ensamblar» los dibujos que no paraban de salir de su pluma con las

numerosas ideas, chistes, anécdotas y observaciones sobre el tiempo contenidas en la obra de John Berger. En resumen, que había que darle una continuación a lo que había sido un deseo común y un proyecto que ya había instigado su capacidad, siempre intacta, de asombro y de fascinación y había provocado muchas risas.

Fue así como las manos pasaron a ser seis. Las mías inspeccionaron la obra de John en busca de una serie de citas que rimaran con los dibujos de Selçuk. Y, juntos, inventamos una secuencia, el hilo narrativo, el tempo del libro.

En 1972, en su ensayo sobre Fernand Léger, el pintor francés al que tanto apreciaba, John Berger decía que cada artista tiene un «tema perenne», un tema que atraviesa toda su obra. Pues bien, después de haber trabajado en la selección de los textos que encontrarás en este libro, estoy convencida de que el tema constante de John, su *leitmotiv*, es precisamente el tiempo, declinado de mil maneras, tan variadas como podrían serlo las derivadas de un tema musical.

Lo mismo se puede decir de Demirel, quien en casi todos sus dibujos habla de mutaciones, de metamorfosis, de inversiones, de ese devenir constante que es la existencia. Y la existencia, tanto para John como para Selçuk, no es una prerrogativa de los seres humanos. Existen también la naturaleza y las cosas, las obras de arte y los objetos de uso cotidiano, los gatos, los árboles, las cucharas y los relojes, y las ideas y los actos, y su manera de estar siempre en proceso, su ser cambiantes, contradictorias, nunca definitivas.

Berger y Demirel nos recuerdan que, como el cielo, el tiempo no es vacío, sino abierto.

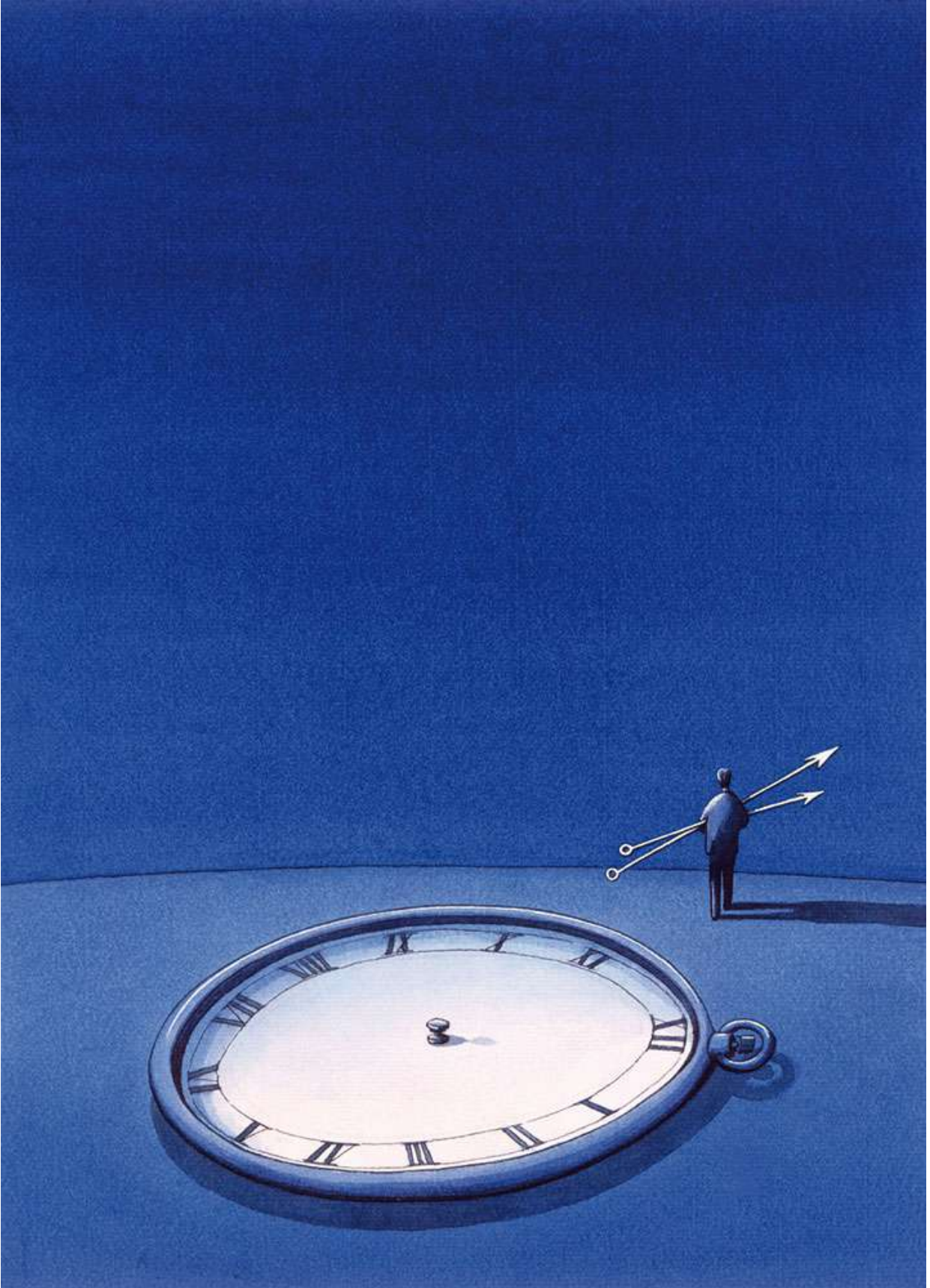
Milán, 7 de octubre de 2017

«A veces me gustaría escribir un libro
todo un libro acerca del tiempo
acerca de su inexistencia
de cómo el pasado y el futuro
son un presente eterno.
Creo que todas las personas —las que viven
las que han vivido
y aquellas por vivir todavía están vivas.
Quisiera desarmar el tema
como un soldado que desmontara su fusil»,

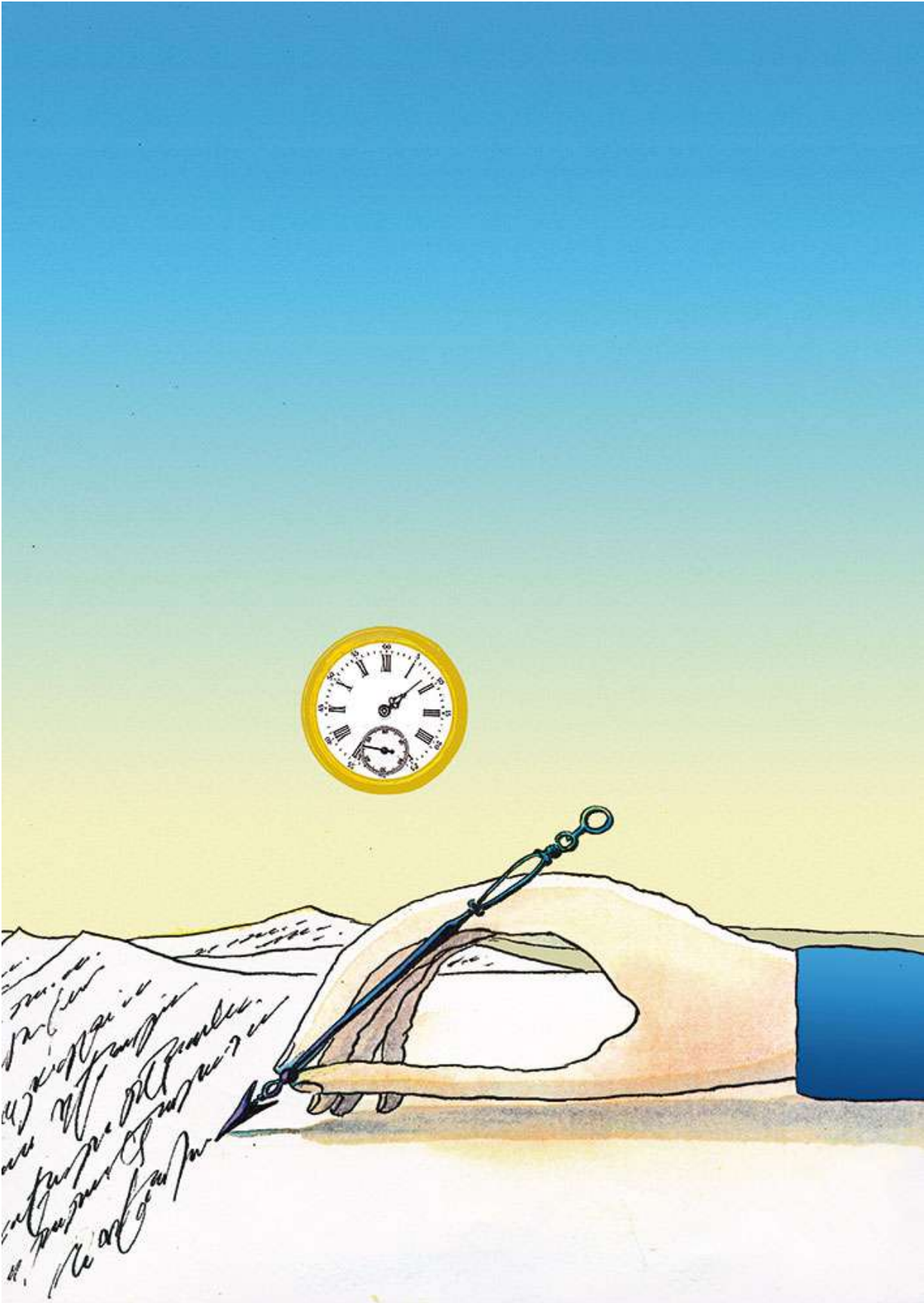
escribió Yevgueny Vinokurov.



En una plaza mayor, el gran reloj del ayuntamiento daba las horas. Todos los días, por la mañana temprano, a la hora que llegaba el tren desde los pueblos vecinos, se veía a un hombre de aspecto elegante en la plaza, comparando la hora del reloj del ayuntamiento con la de su leontina. Un pastor que acababa de llegar a la ciudad en busca de trabajo le preguntó al hombre que qué hacía allí parado durante tanto rato. Estoy esperando, le explicó el hombre, este es uno de mis trabajos, comprobar el reloj de la ciudad. Cuando se para, yo tengo aquí la hora exacta, continuó, señalando a su leontina, de modo que el encargado municipal puede volver a poner el reloj del ayuntamiento en hora. ¿Y se para muchas veces? Varias veces a la semana, y cuando se para, vienen a preguntarme a mí, y yo les digo la hora y me pagan por ello. Me pagan casi un dólar. Es un dinero fácil. A decir verdad, tengo muchos trabajos, demasiados. Mira, me has caído bien, si quieres te paso este. Te doy la leontina —va con el trabajo— por medio dólar.

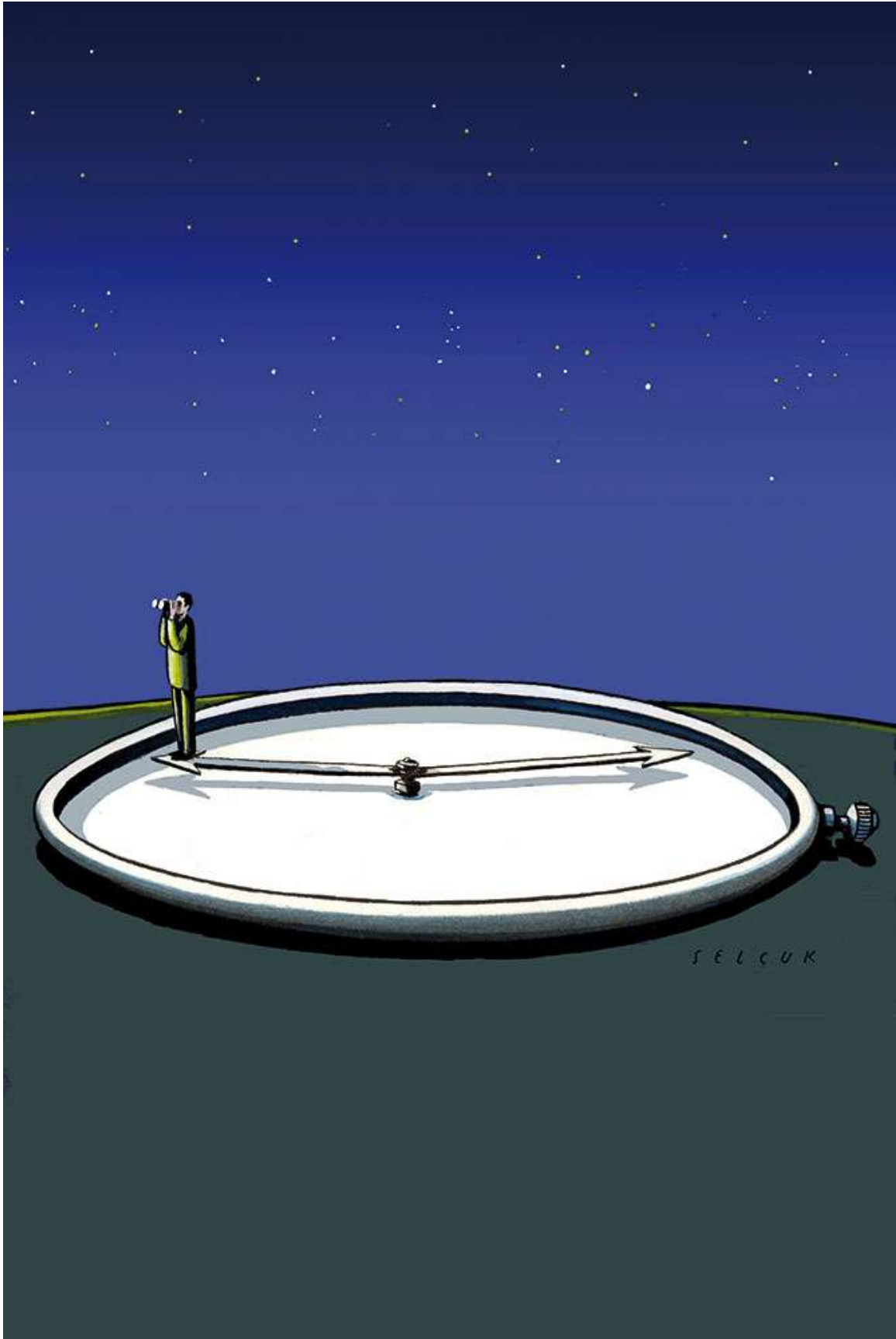


La narrativa es otra manera de hacer un momento imborrable, pues los relatos, cuando hay alguien para escucharlos, detienen el curso unidireccional del tiempo.



Aquellos que leen o escuchan nuestros cuentos lo ven todo como a través de una lente. Esta lente constituye el secreto de la narración y se pule con cada nueva historia; se pule entre lo temporal y lo intemporal.

Nosotros, los narradores, somos los secretarios de la muerte, y lo somos porque en nuestras breves vidas de mortales nos encargamos de pulir estas lentes.



Una habitación necesita ser consciente del paso del tiempo humano. De no ser así, podría perder el alma. O, para ser exactos, su silencio podría perderla.





Paciencia, paciencia, porque los grandes movimientos de la historia siempre han comenzado en esos pequeños paréntesis que denominamos «mientras tanto».

Qué fácil es olvidar que la práctica política muchas veces funciona como un telar, tejiendo en dos direcciones, la de lo esperado y la de lo inesperado.



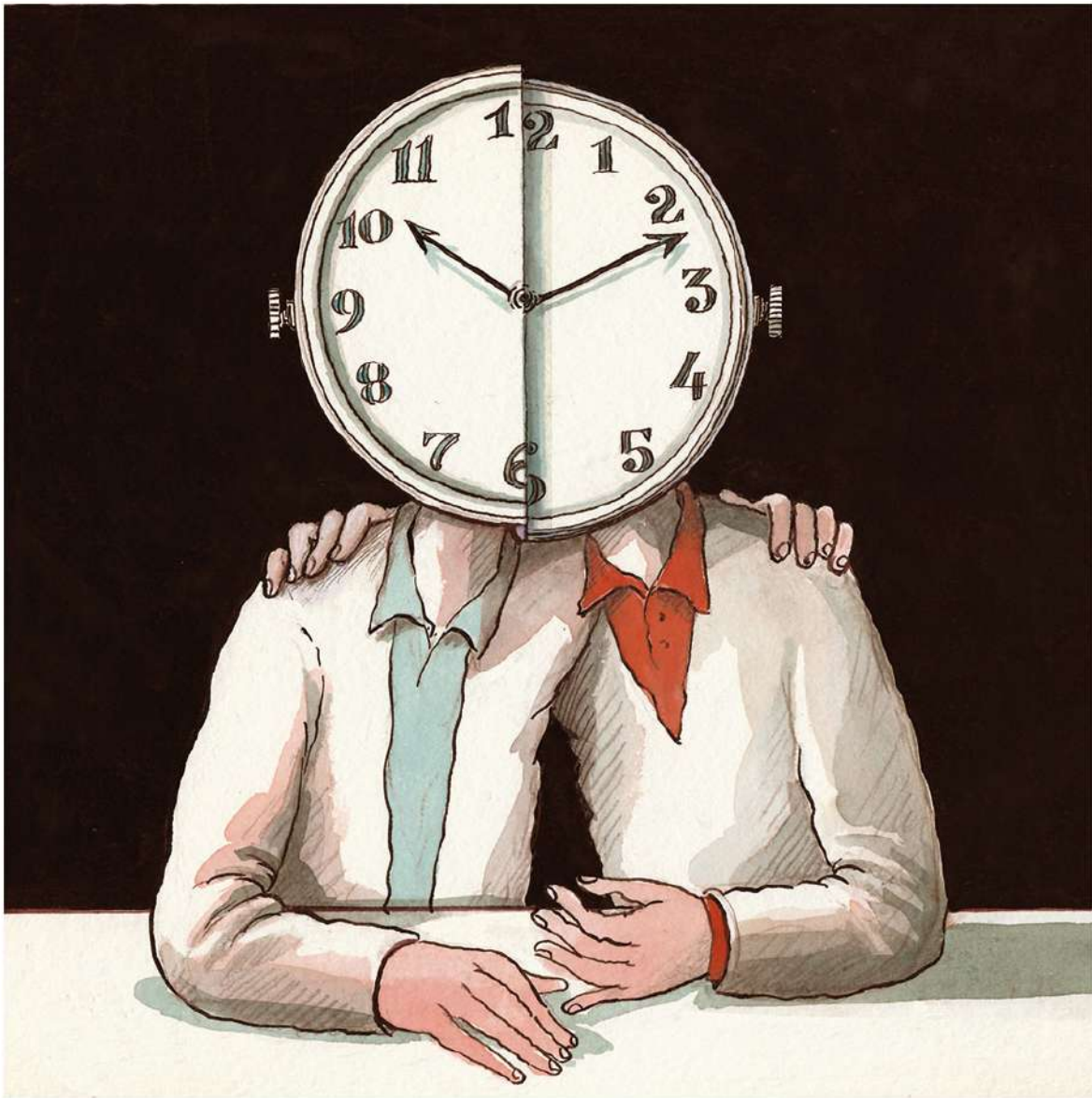
S E L Ç U K

*Sabremos
cuándo
ha llegado la hora.*

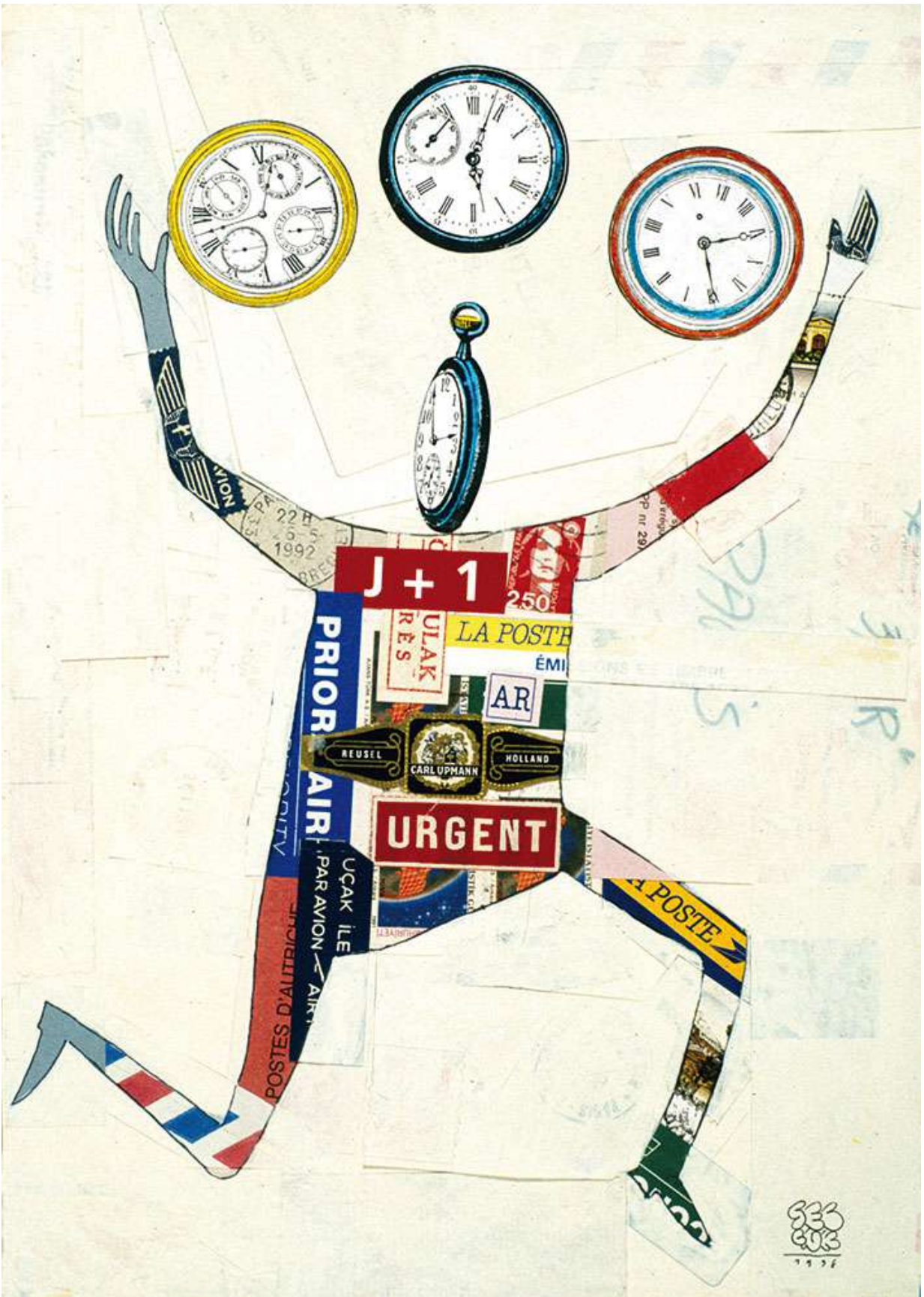


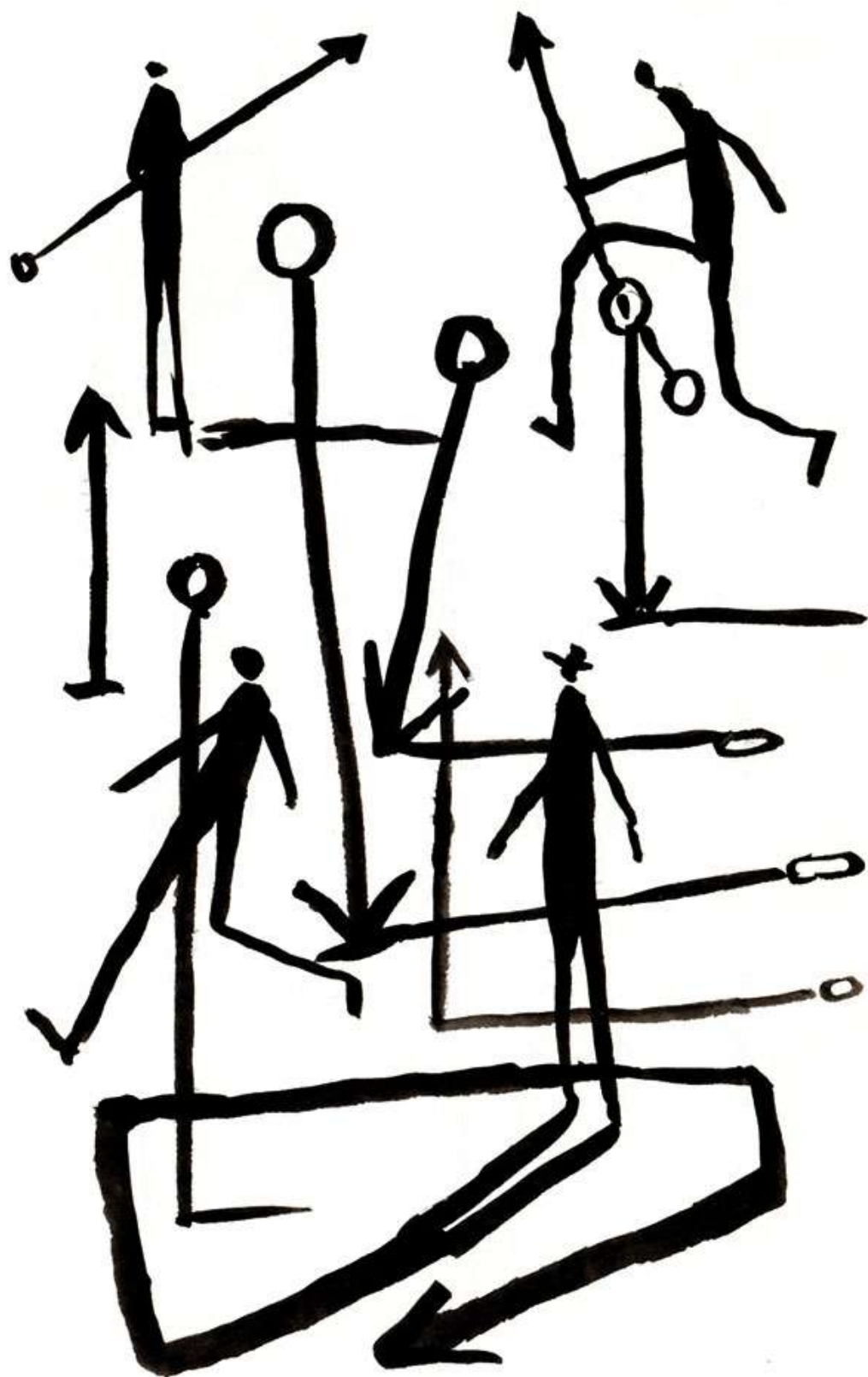
En el momento mismo en el que se protesta tiene lugar una pequeña victoria.

Y el momento, aunque pasa como cualquier otro momento, se hace en cierto modo indeleble. Pasa, pero ha quedado impreso.



Las esferas son de diferentes tamaños: algunas no son más grandes que la de un reloj de pulsera; otras tienen el tamaño de las de aquellos antiguos despertadores de campanilla. No es fácil ver la hora en ninguno de ellos, y se diría que cada uno marca una hora distinta. Probablemente unos marcan la hora conforme al sistema horario de doce horas; y otros al de veinticuatro. Lo que está claro es que hay más de doce horas distintas, y son todas irreconciliables.





¡Es una broma! Bromear es la mejor manera de pasar el tiempo cuando uno espera. Le pones una zancadilla al tiempo cuando bromeas, y así sale disparado.



gelmeyen zamanlar 4.5.16

Las vacas son dóciles, pero no les gusta que las apremien. Las vacas viven despacio; un día suyo equivale a cinco de los nuestros. Siempre es la impaciencia la que nos hace golpearlas. Nuestra impaciencia. Castigadas, alzan la vista con esa expresión de resignación que es una forma de impertinencia (¡que sí, que ya lo saben!), porque sugiere que más que cinco días son cinco eones.



S E C U R



En este purgatorio particular que es el mundo moderno, creado y mantenido por el capitalismo corporativo, todas las injusticias están arraigadas en la visión unidireccional del tiempo que lo acompaña, según la cual la única relación concebible es la existente entre causa y efecto. En comparación, y enfrentándose a esta visión, el acto de amar es un «acto sincrónico único».

Esas fábricas en las que se trabaja toda la noche son un símbolo de la victoria del tiempo incesante, uniforme e implacable. Esas fábricas no paran ni durante el tiempo de los sueños.



De la misma manera que el capitalismo no tiene más remedio que reproducirse continuamente, así también su cultura es una cultura de la anticipación, de una anticipación interminable. «Lo que va a venir», «lo que se va a ganar», vacía a «lo que es». El proletariado inmigrante, incapaz de volver a su país de origen y padeciendo todavía por ser lo que era, anhelaba llegar a ser americano, o que sus hijos llegaran a ser americanos. No veían más salida que cambiarse ellos mismos por el futuro. Y, aunque la desesperación implícita en esa apuesta era específica de los inmigrantes, el mecanismo se ha ido haciendo cada vez más característico del capitalismo avanzado.

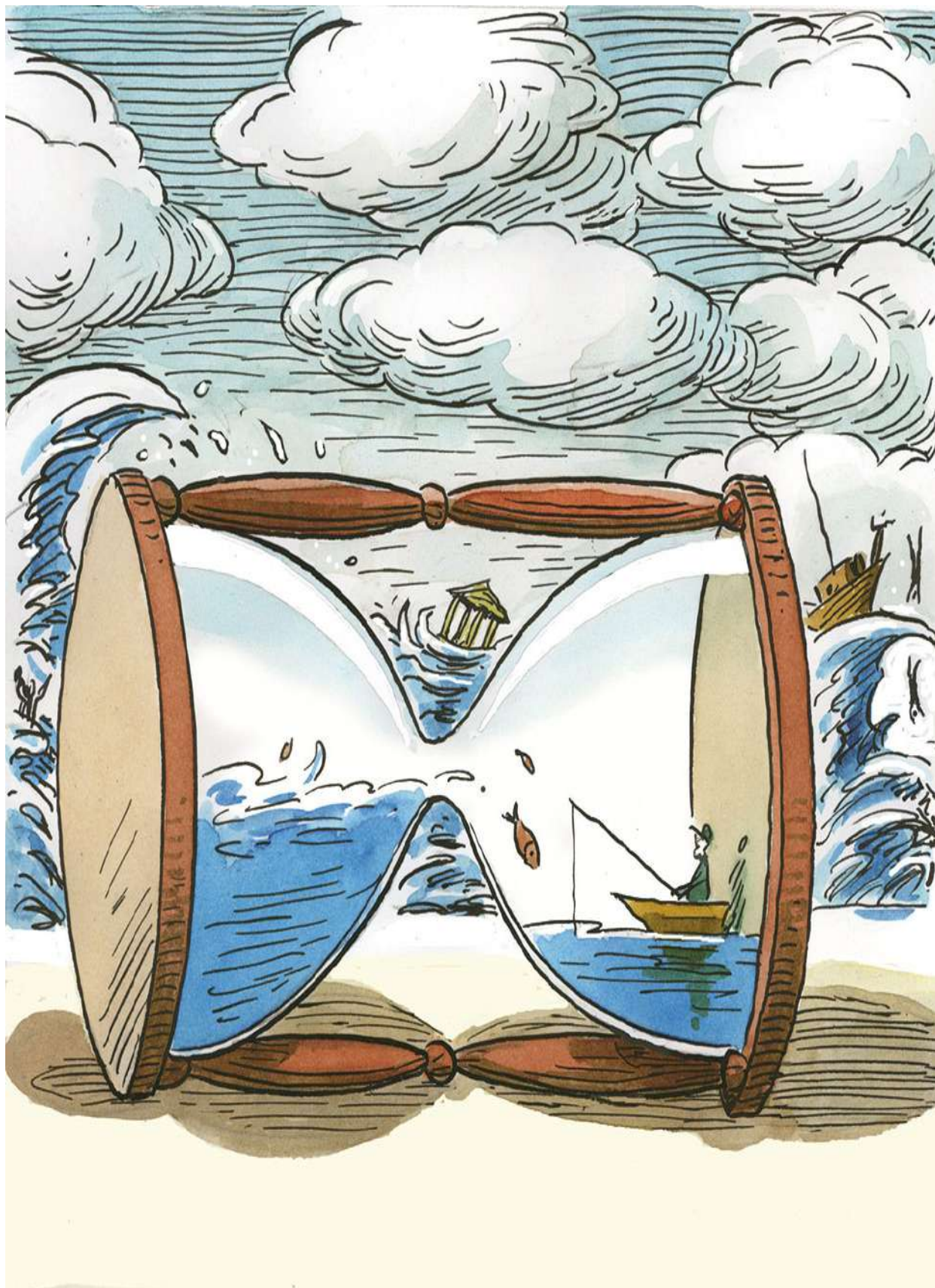


El tiempo, suelen decir en Nueva York, es dinero. Esto puede significar también que el tiempo es como el dinero. El dinero, al ser puramente cuantitativo, no tiene contenido, pero puede darse a cambio de un contenido: el dinero compra. Lo mismo puede decirse del tiempo: también se cambia hoy por el contenido del que carece. El tiempo de trabajo, por un salario; el salario, por el tiempo no vivido, «encapsulado» en la compra: la «velocidad» de un coche, el presente eterno de la pantalla de televisión, el tiempo «ahorrado» en los cientos de electrodomésticos, la paz de la pensión de jubilación, etcétera, etcétera.



SELÇUK

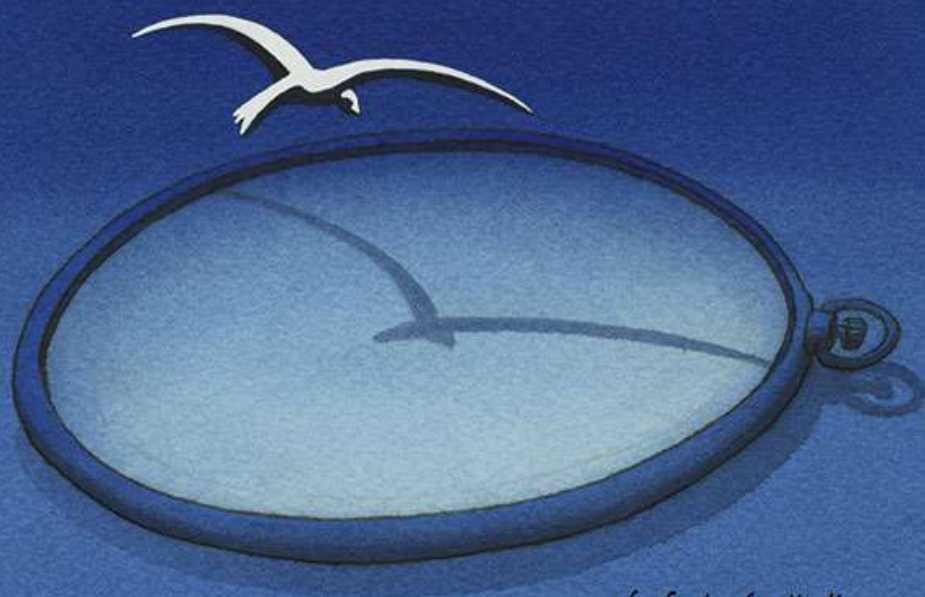
Un temor prolongado se transforma en duda.



¿Cómo puede entrar lo atemporal, lo eterno, en lo temporal?



Tal vez en el principio
el tiempo y lo visible,
inseparables hacedores de la distancia,
llegaron juntos
borrachos
golpeando la puerta
justo antes de amanecer.



S E L Ç U K

Hasta el siglo XIX, era una creencia generalizada, cuando no universal, que el mundo tenía unos cuantos miles de años de antigüedad, algo medible conforme a la escala temporal de las generaciones humanas. Pero en 1830, Charles Lyell publicó sus *Principios de Geología*, en los que proponía que la Tierra, «sin vestigio alguno de su comienzo ni perspectivas de un final», tenía millones, tal vez cientos de millones, de años de antigüedad.



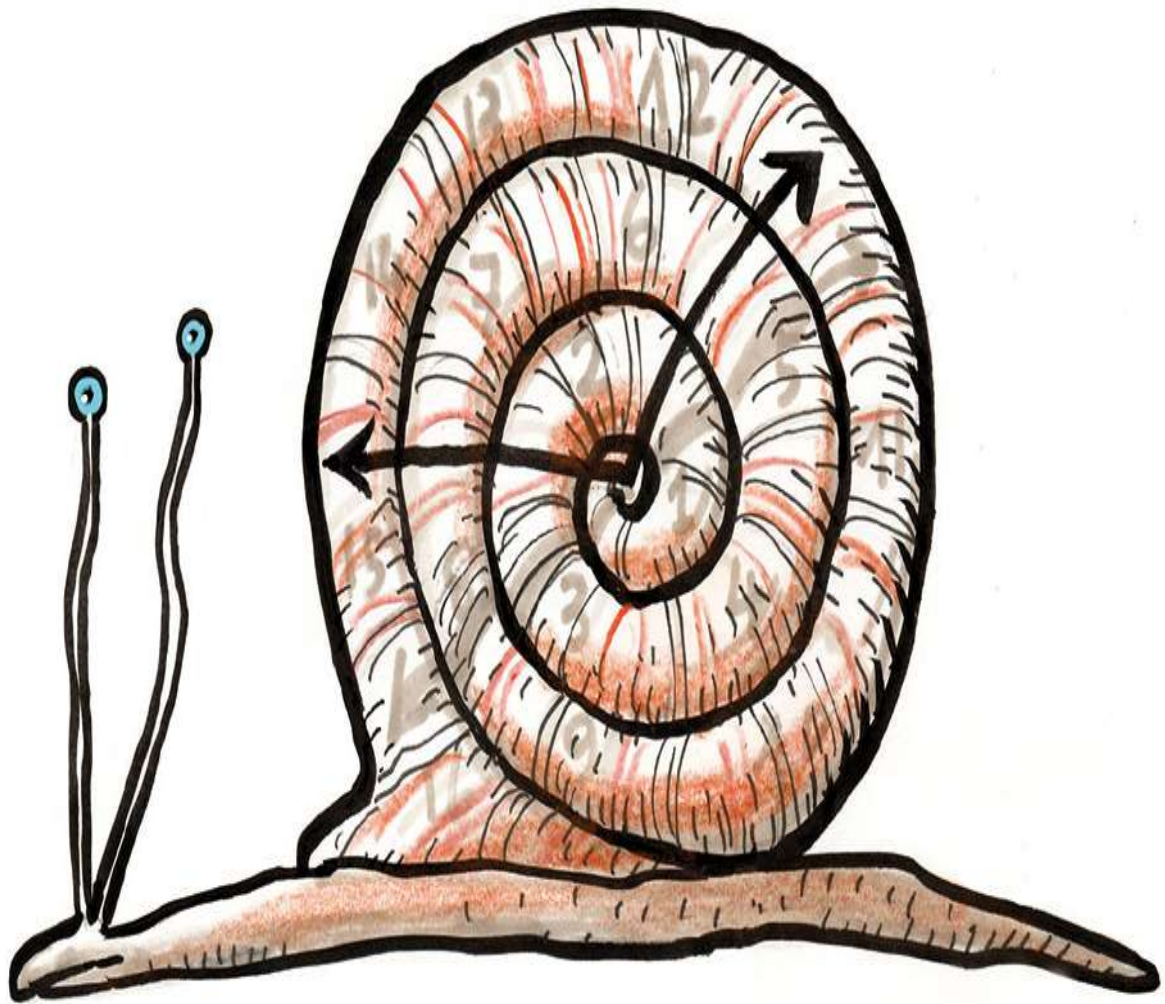
El pensamiento de Darwin era una respuesta a la aterradora inmensidad de lo que acababa de abrirse. Y la tristeza del darwinismo —pues no hubo otra revolución científica que transmitiera tan poca esperanza en su momento— se derivaba, creo yo, de la desolación de las distancias que entraña.



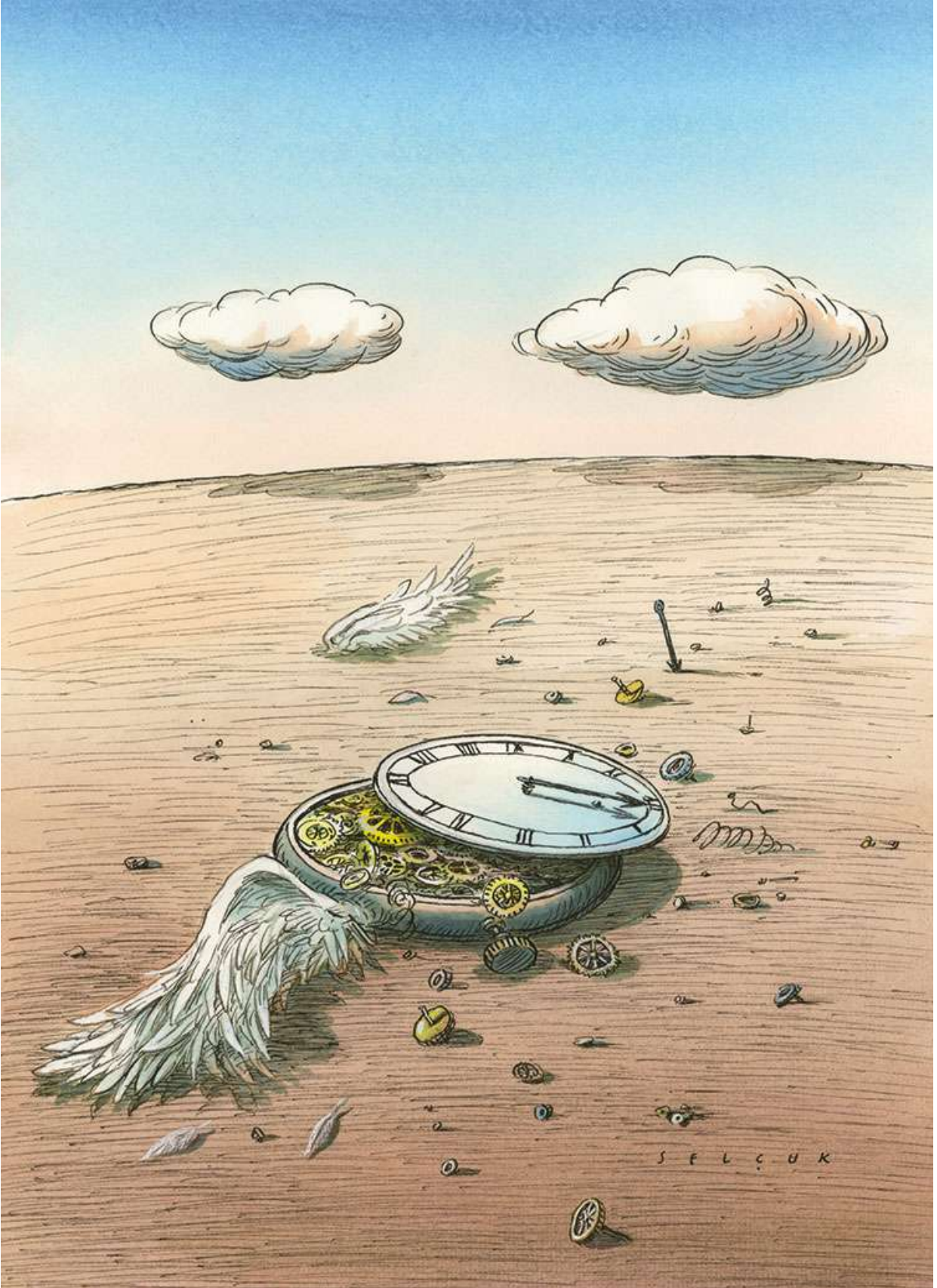
Los acontecimientos crean el tiempo. En un universo sin acontecimientos no habría tiempo. Los distintos acontecimientos crean tiempos distintos. Tenemos el tiempo galáctico de las estrellas, el tiempo geológico de las montañas, el tiempo vital de la mariposa. Estos tiempos diferentes solo se pueden comparar utilizando una abstracción matemática. El hombre inventó esta abstracción. Inventó un tiempo «exterior» regulado en el que encajaba más o menos todo. Después de esto, podía, por ejemplo, organizar una carrera entre una tortuga y una liebre y medir el resultado utilizando una unidad de tiempo abstracta (los minutos).



El tiempo, como lo han explicado Einstein y otros físicos, no es lineal, sino circular. Nuestras vidas no son puntos en una línea —una línea que hoy está siendo amputada por la avaricia instantánea de un orden capitalista global sin precedentes—, no somos puntos en una línea; somos más bien los centros de unos círculos.

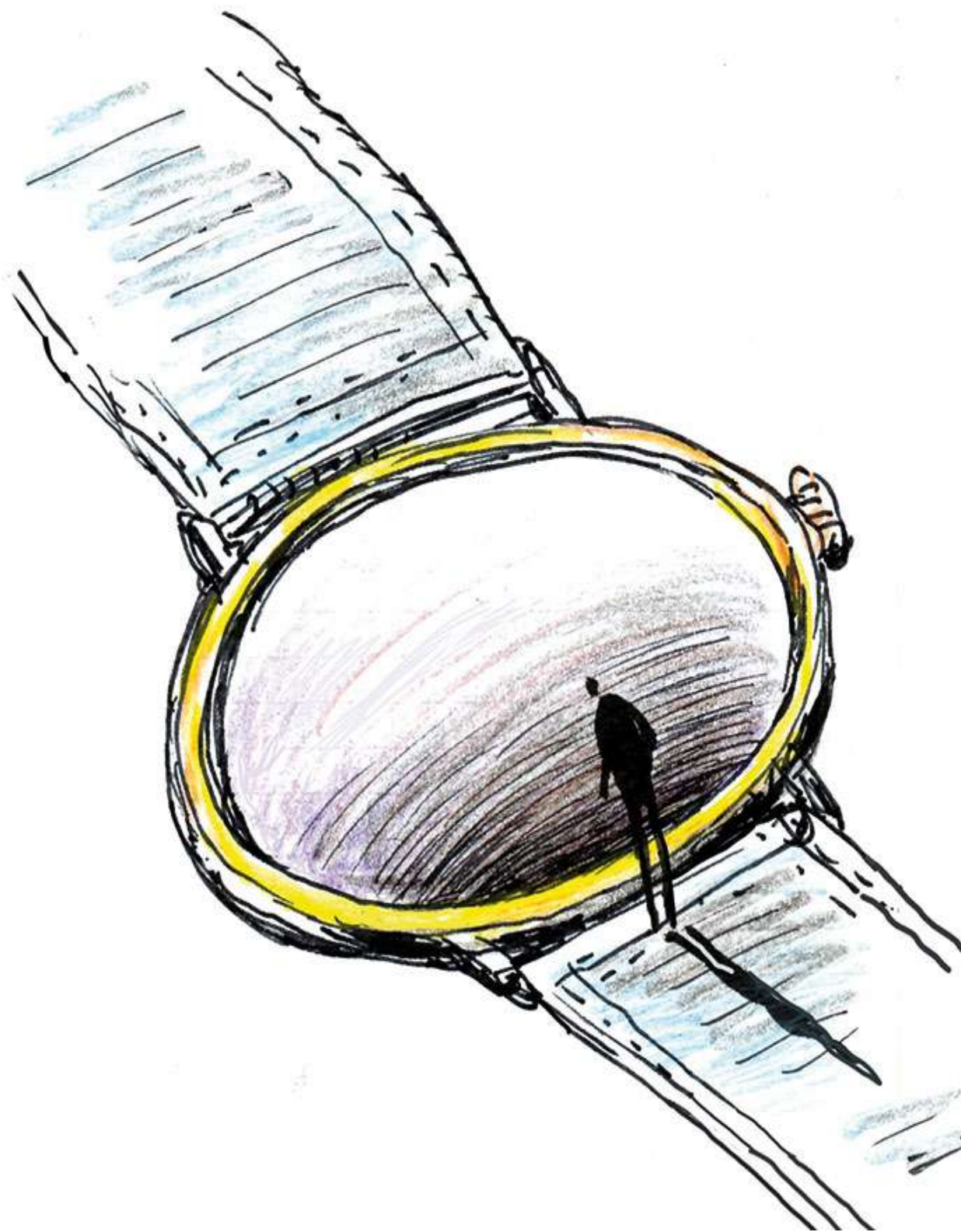


De todos modos
hay ocasiones
que se enfrentan, bien al tiempo,
bien a cualquier momento en el tiempo.

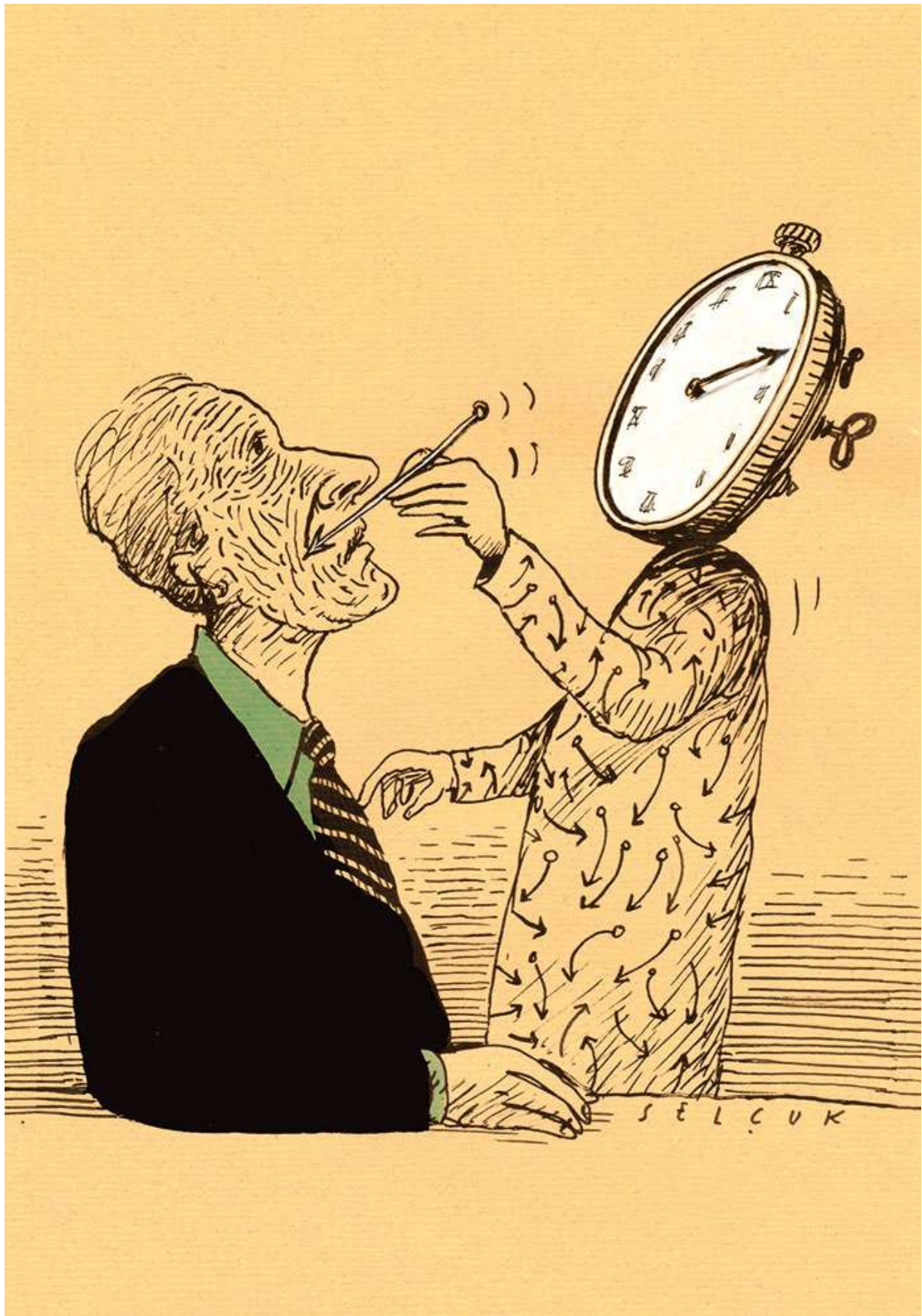


S F L C U K

El significado y el misterio son inseparables, y ninguno de los dos puede existir sin el paso del tiempo.



La diferencia entre las estaciones, al igual que la diferencia entre el día y la noche o entre un día soleado y un día lluvioso, es vital. El discurrir del tiempo es turbulento. La turbulencia acorta los tiempos vitales, objetiva y subjetivamente. La duración es breve. Nada dura. Esto es tanto una oración como un lamento.



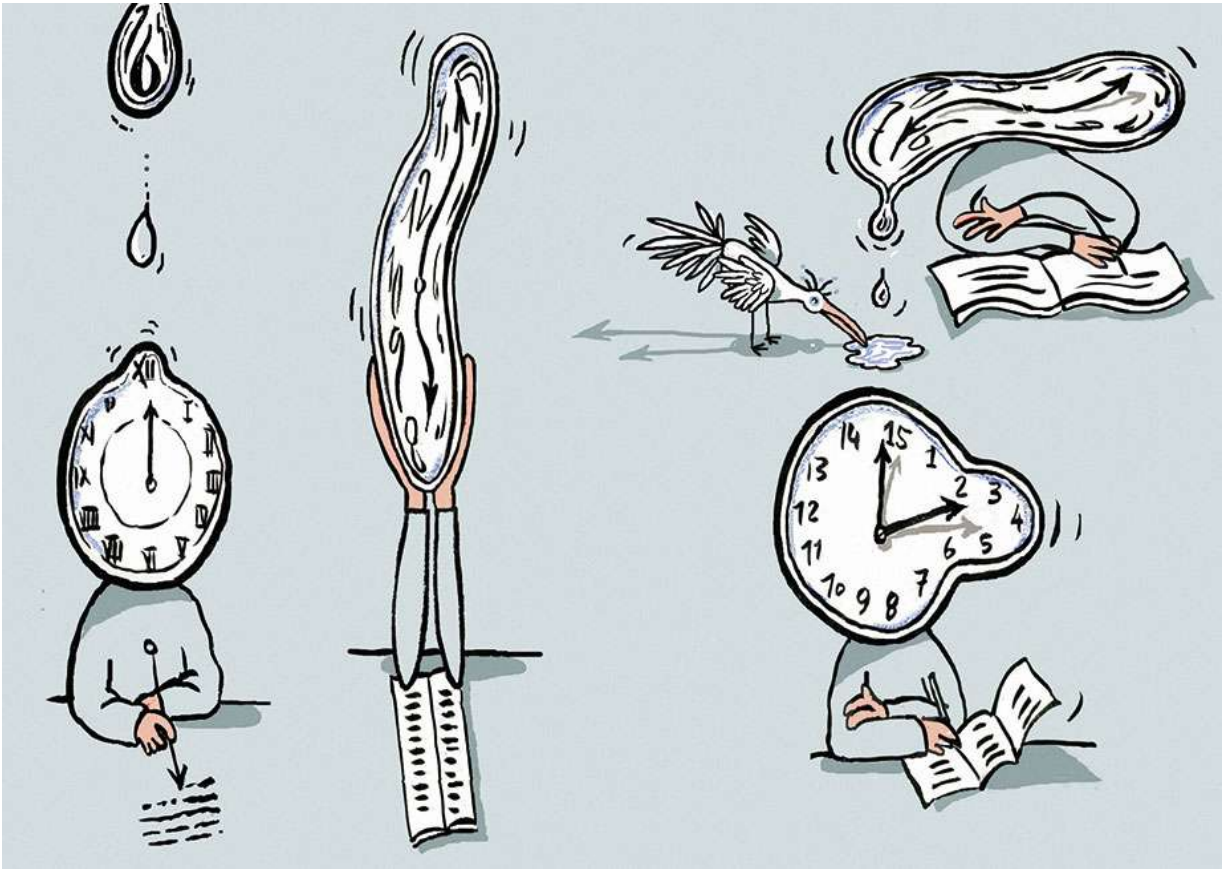
Nos parece que el tiempo no siempre pasa a la misma velocidad porque nuestra experiencia de su paso no entraña un solo proceso dinámico, sino dos, opuestos entre sí: el tiempo en cuanto que acumulación y el tiempo en cuanto que disipación.

Cuanto más profunda sea la experiencia de un momento, mayor será la acumulación de experiencia. Por esta razón, el momento es vivido como más largo. Se logra detener la disipación del paso del tiempo. La duración experimentada no es una cuestión de longitud, sino de profundidad o de densidad. Proust lo entendió muy bien.

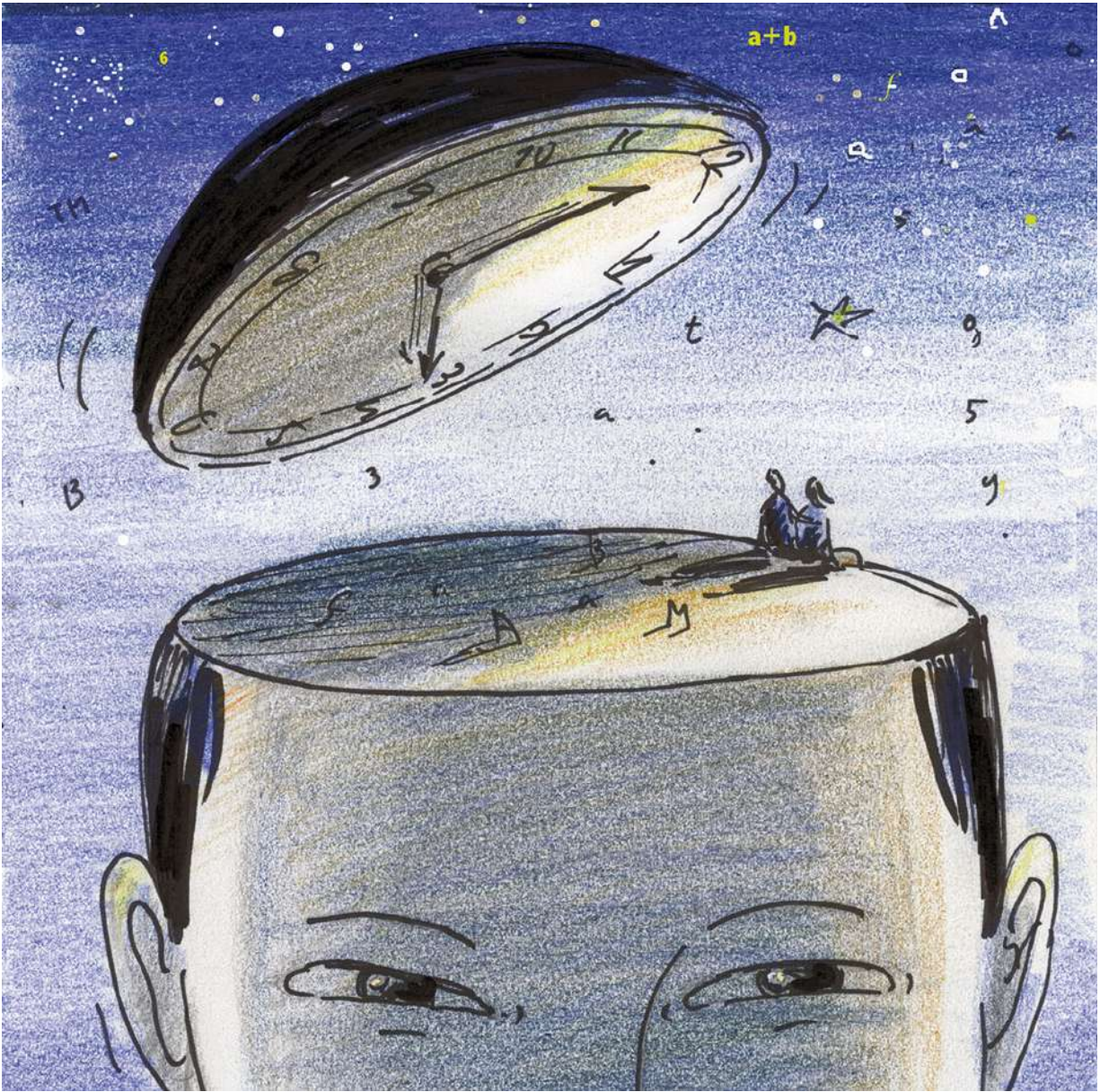
No se trata solamente de una verdad cultural. En la naturaleza encontramos un equivalente de este aumento de la intensidad del tiempo vivido en esos días de primavera y principios del verano, en los que la lluvia y el sol se suceden en una continua alternancia, cuando las plantas crecen, de un modo casi visible, varios milímetros o centímetros al día. Estas horas de espectacular crecimiento y acumulación son inconmensurables si se las compara a las horas del invierno, cuando la semilla yace inerte en la tierra.



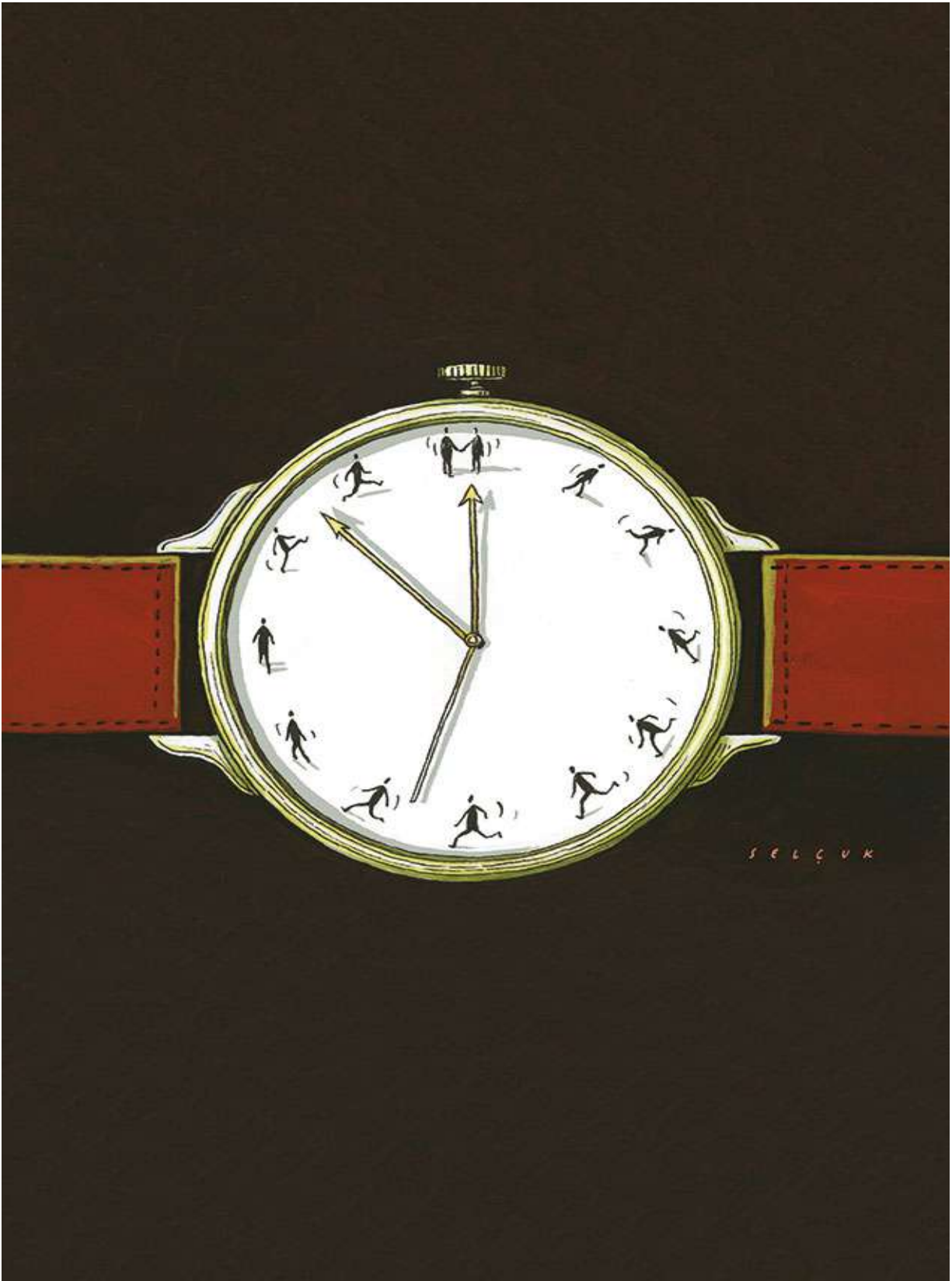
Al amor, cualquier tipo de amor, le encantan las repeticiones, porque desafían al tiempo.



La intimidad supone tener todo el tiempo en las manos, hasta el aburrimiento.

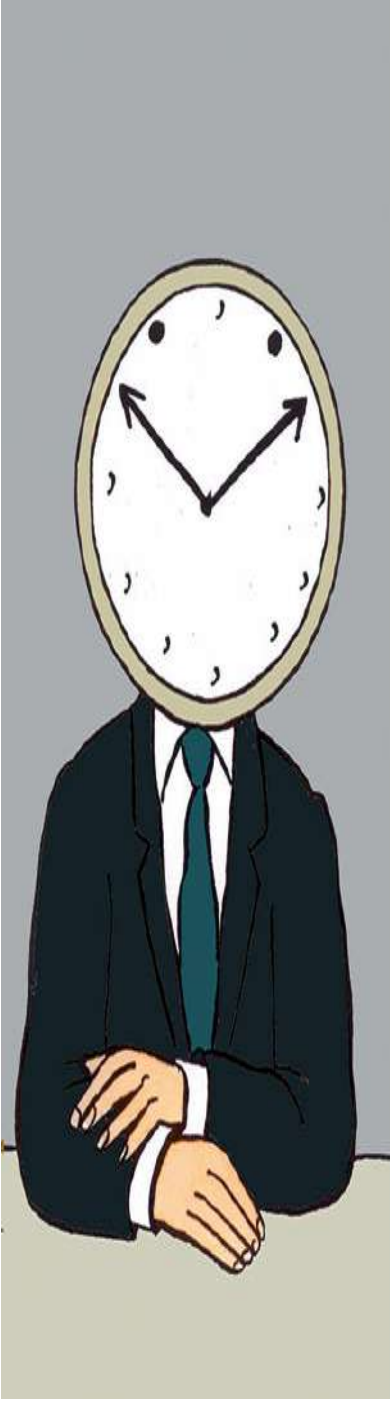


Si solo pienso en mí, ¿quiénes son los otros? Si los otros solo piensan en ellos, ¿quién soy yo? Si no ahora, ¿cuándo? Si no aquí, ¿dónde?





Todo es cuestión de tiempo.



La mayoría de la gente no tiene un tiempo que pueda llamar propio, pero no se da cuenta. Perseguidos, prosiguen con su vida.



S E L Ç U K

Los muertos rodean a los vivos. Los vivos son el centro de los muertos. En este centro se encuentran las dimensiones de espacio y tiempo. Lo que lo rodea es intemporal.



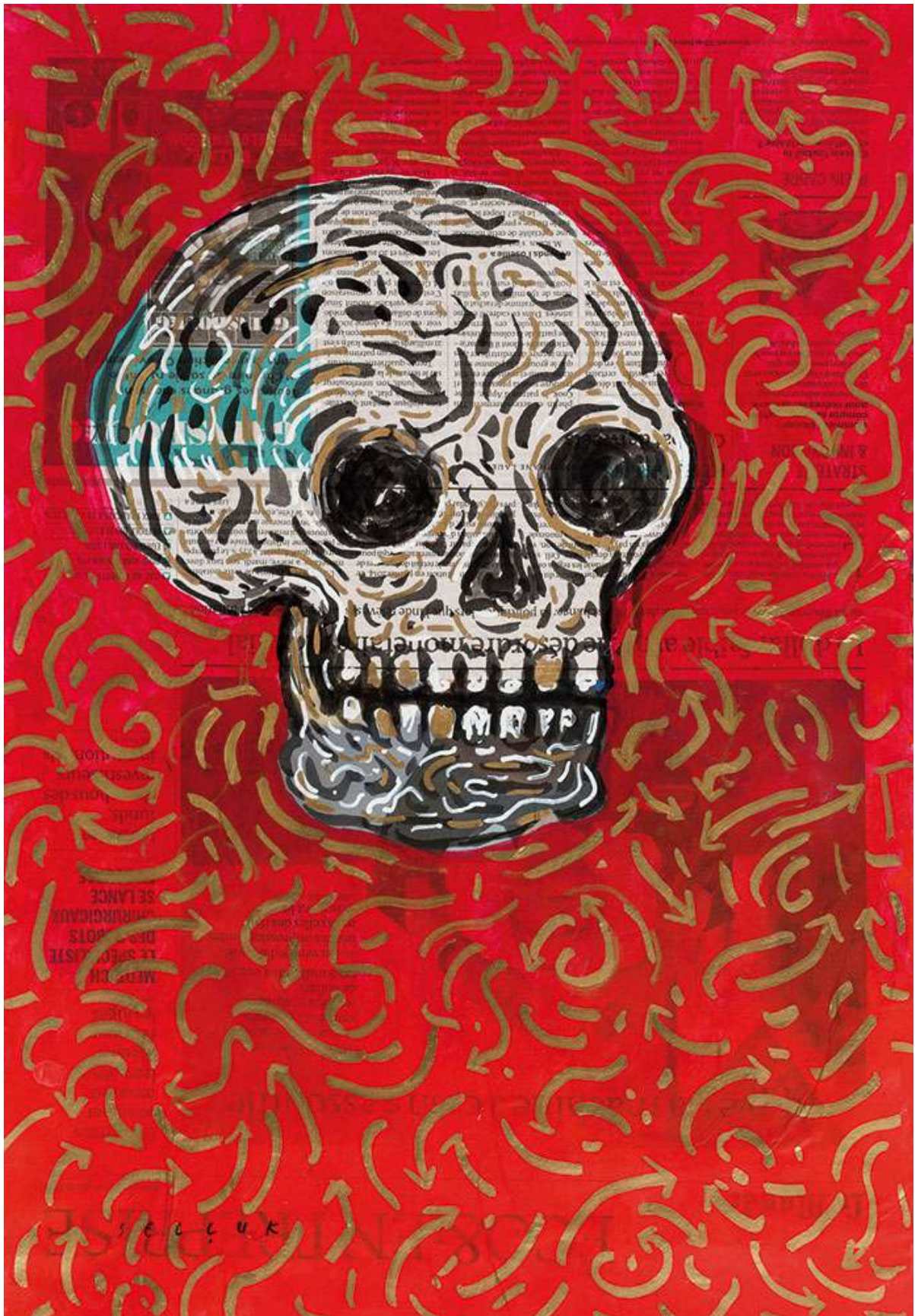
S E L Ç Ü K

El cuerpo envejece. El cuerpo se prepara para morir. Ninguna teoría del tiempo nos presta alivio alguno en este punto. La muerte y el tiempo siempre han estado aliados. El tiempo se lo llevaba a uno con mayor o menor presteza; la muerte de un modo más o menos súbito.

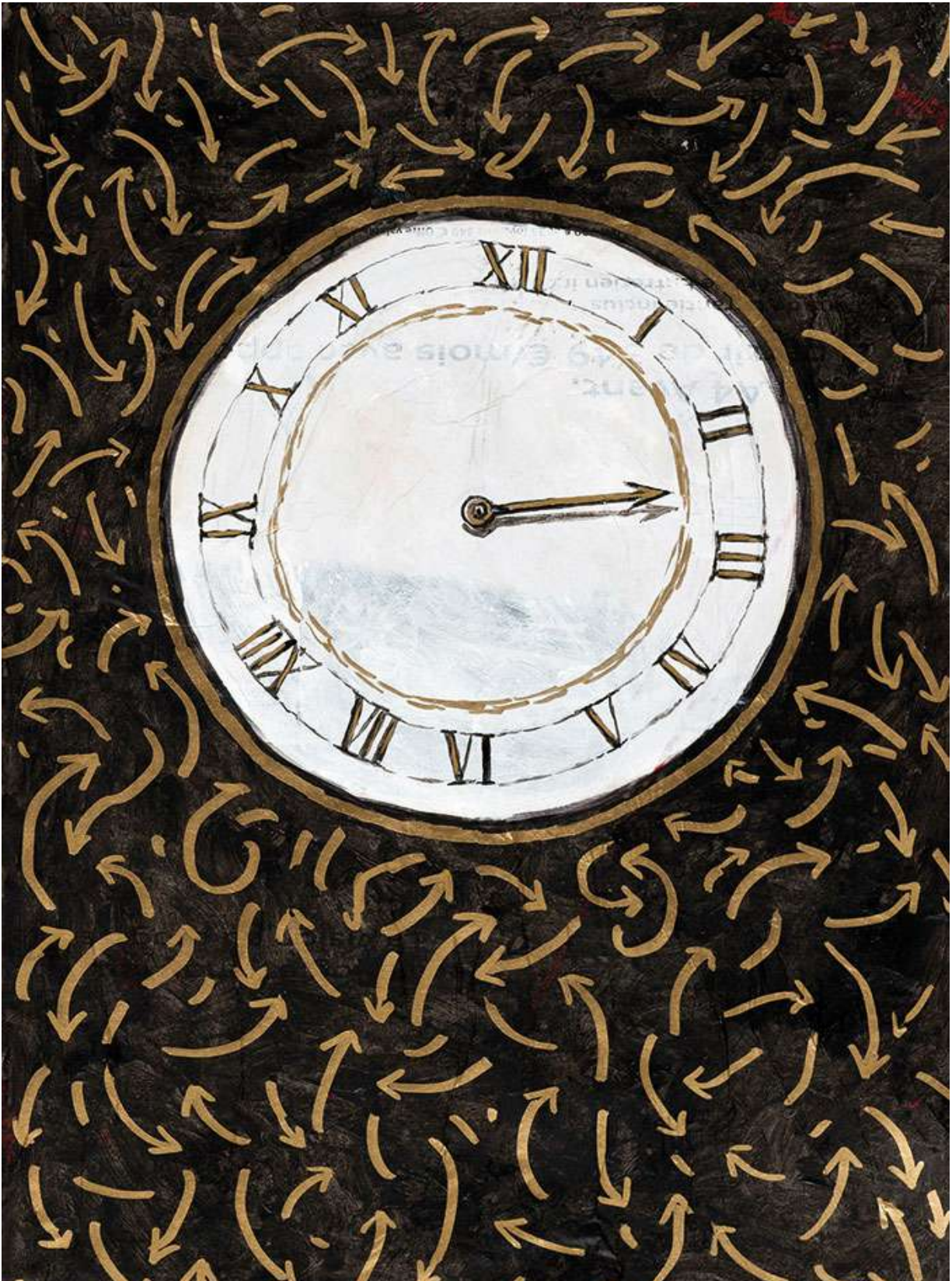
La brevedad de la vida era objeto de un lamento continuo. El tiempo era el agente de la muerte y uno de los componentes de la vida. Pero lo intemporal —aquello que la muerte no podía destruir— era el otro. Todas las visiones cíclicas del tiempo mantuvieron unidos estos dos componentes: la rueda que gira y la superficie sobre la que gira.

Las principales corrientes del pensamiento moderno despojaron al tiempo de sus componentes, transformándolo en una única fuerza activa todopoderosa. Trasladaron con ello el carácter espectral de la muerte a la propia noción del tiempo. Y el Tiempo se ha convertido así en la Muerte triunfante sobre todas las cosas.



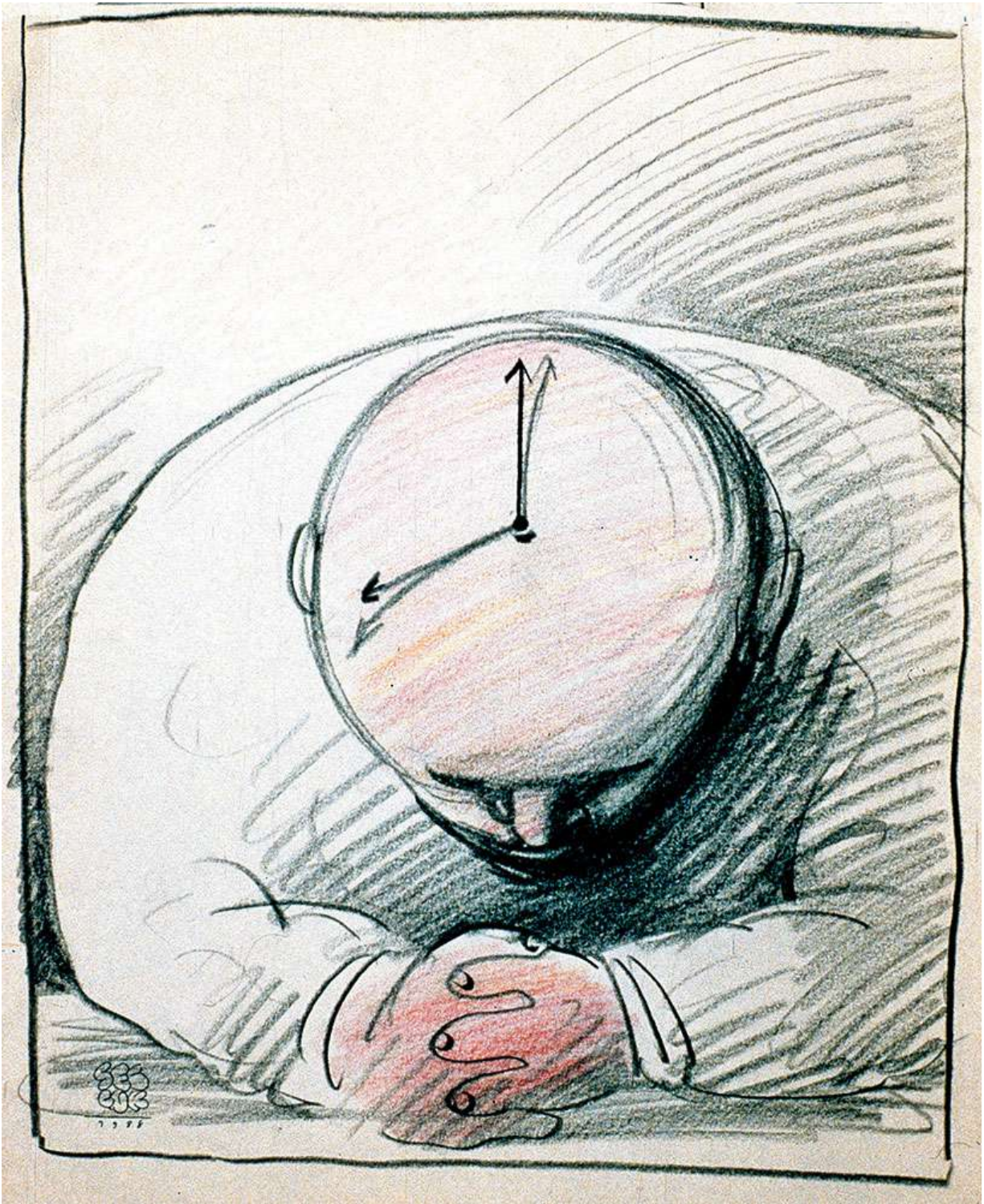


El tiempo de la narración (el tiempo interior del relato) no es lineal. Los vivos y los muertos se encuentran como oyentes y jueces en ese tiempo, y cuanto mayor sea el número de oyentes que se intuyen, más íntimo se hace el relato para cada cual.

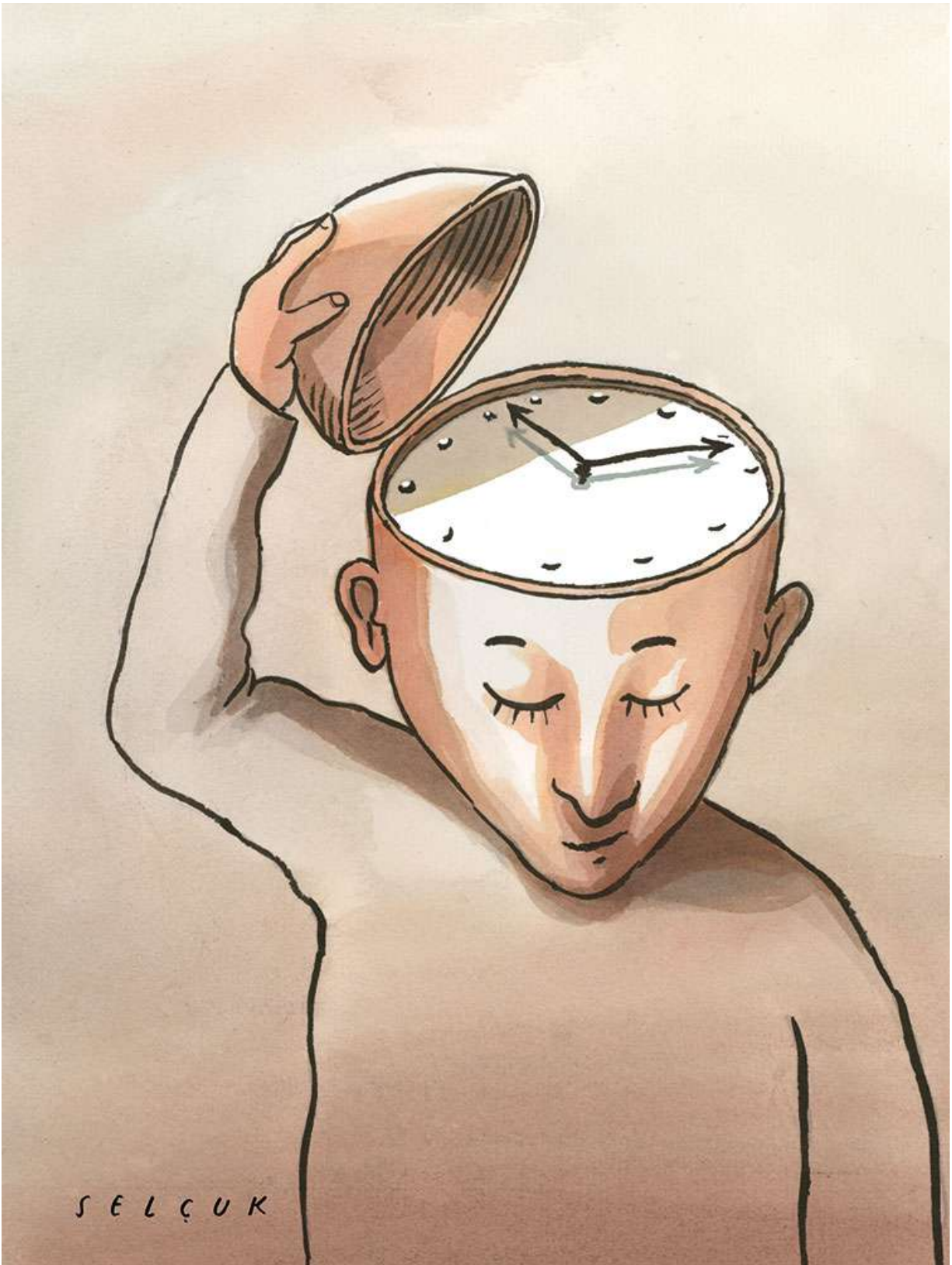




Somos el precipitado de lo que nuestros padres no fueron capaces de olvidar. Somos lo que dejaron. Desmemoriado es quien viaja a la esencia que permanece. La piedra.



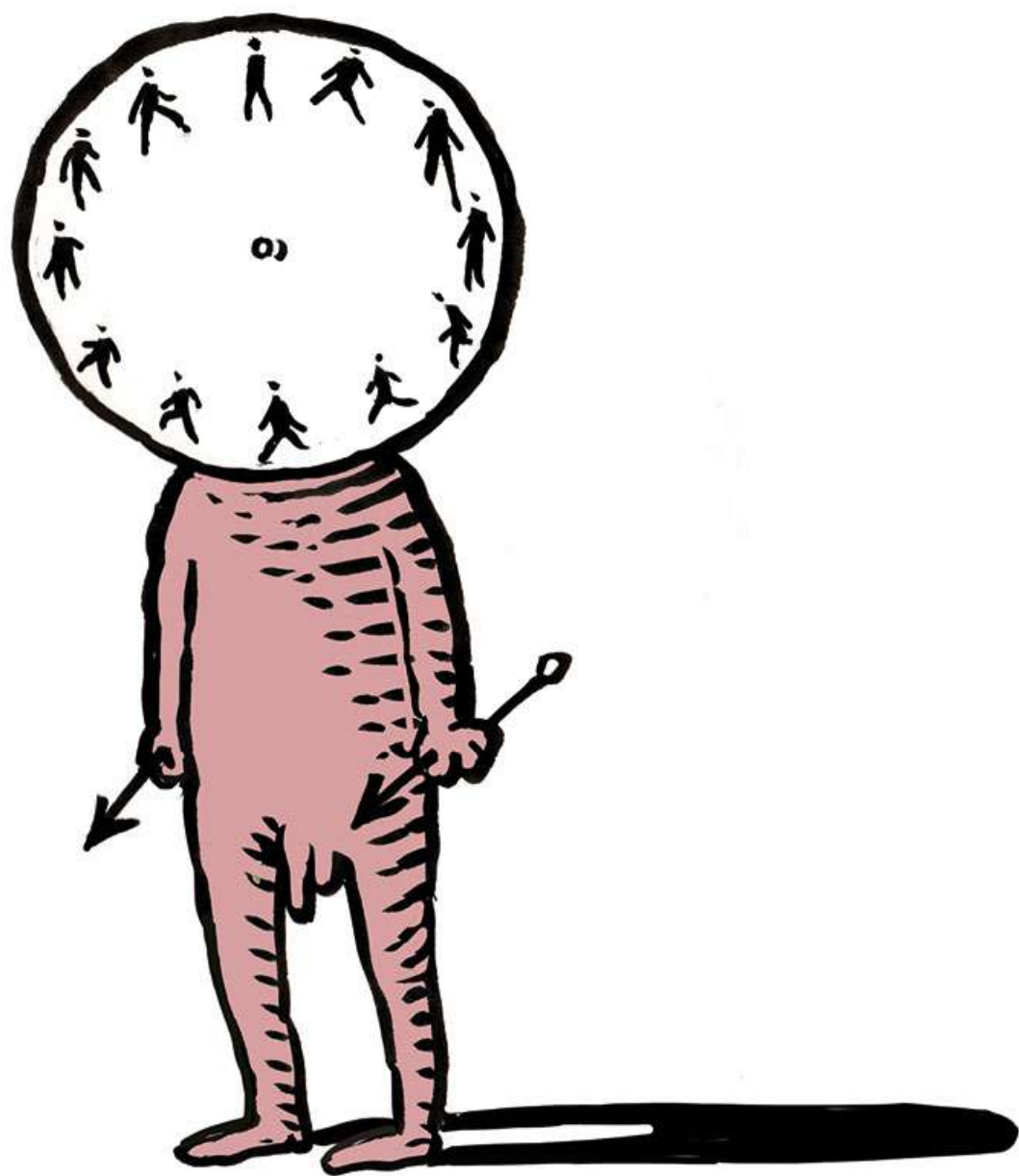
Toda vida es absurdamente corta comparada con la longevidad de la memoria.

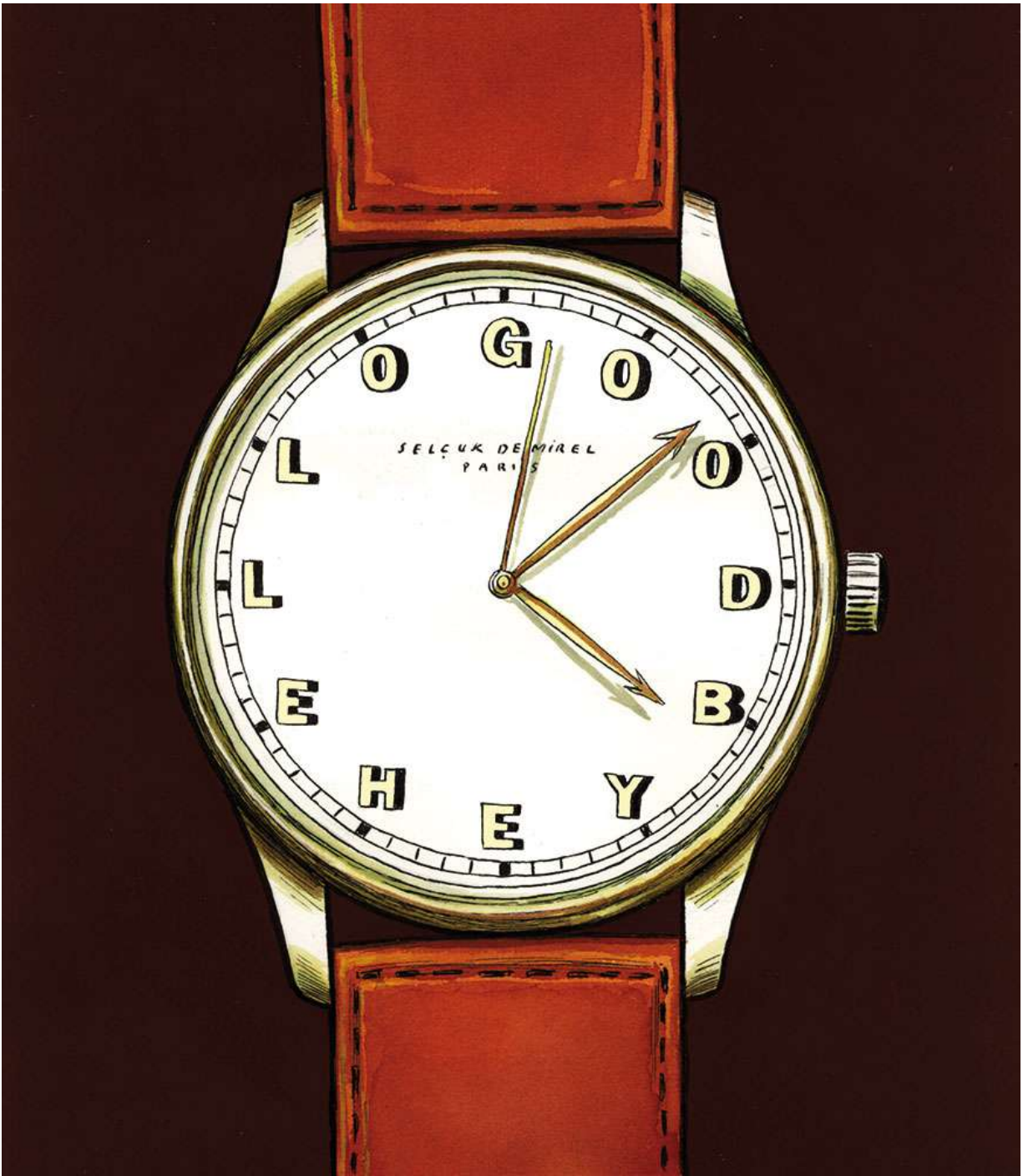


¿Cuán cerca está la despedida del encuentro?







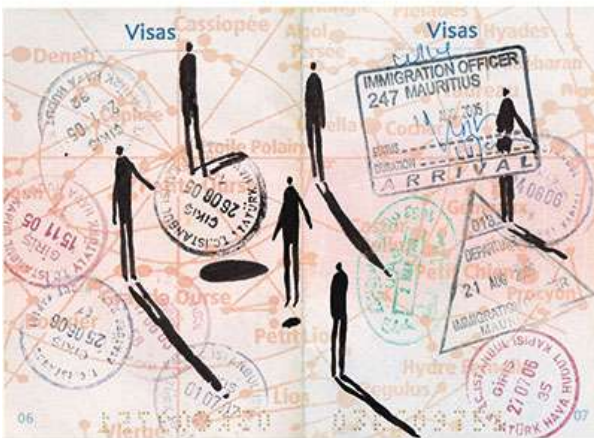


El camino que sigo es el camino
de regreso hacia el futuro.

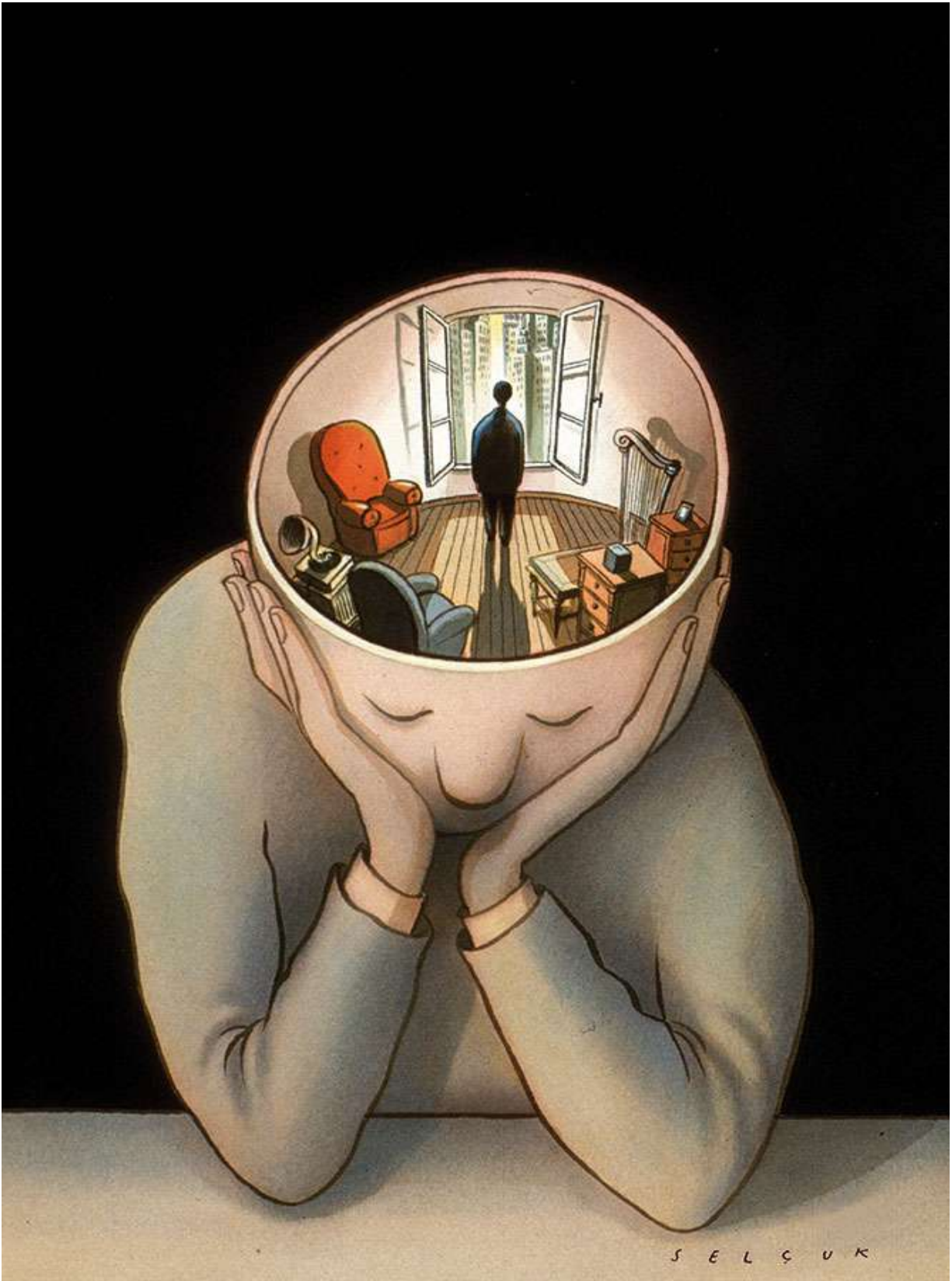


S E L Ç U K

Los trabajadores inmigrantes, ya asentados en la metrópolis, tienen por costumbre visitar las estaciones. Allí hacen corrillos y charlan, ven llegar los trenes y se enteran de primera mano de lo que haya sucedido en sus países y anticipan el día en el que emprenderán el viaje de vuelta.



El hogar es allí donde uno se puede sentar en su propia butaca, sin que le molesten, tomarse su tiempo y estar tranquilo.



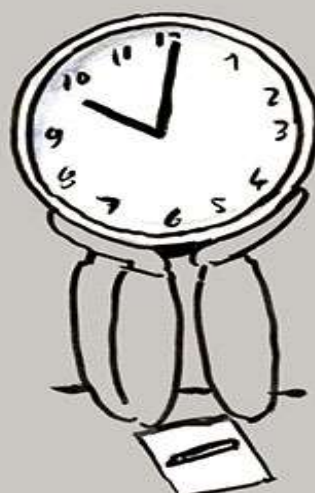


Los gatos no tienen un lugar. Lo que tienen es tiempo, pues pasan por el tiempo desapercibidos.



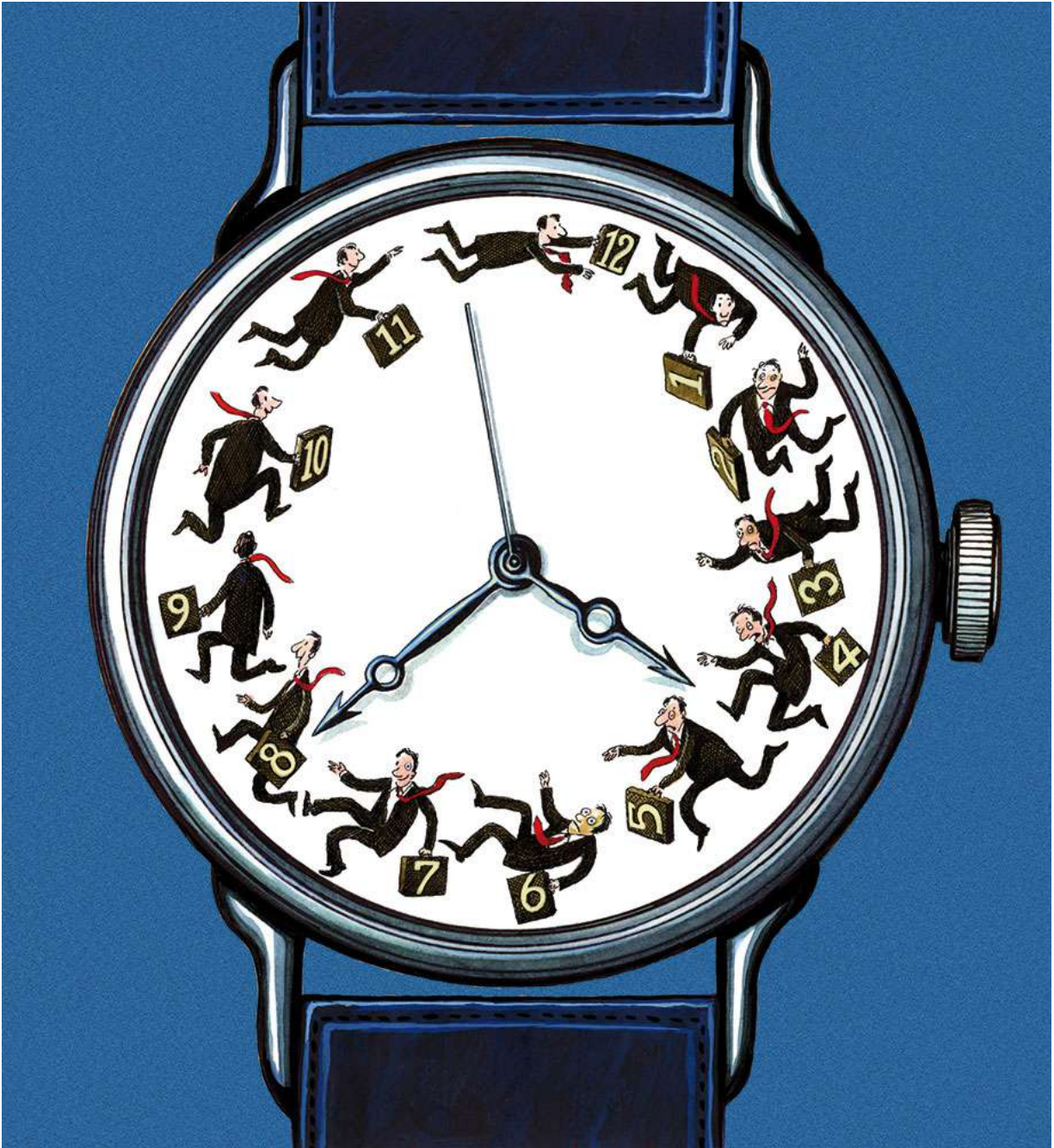
SELÇUK

El tiempo es mucho más amable por la noche;
por la noche no hay nada a lo que tengas que aguardar,
nada se queda anticuado.

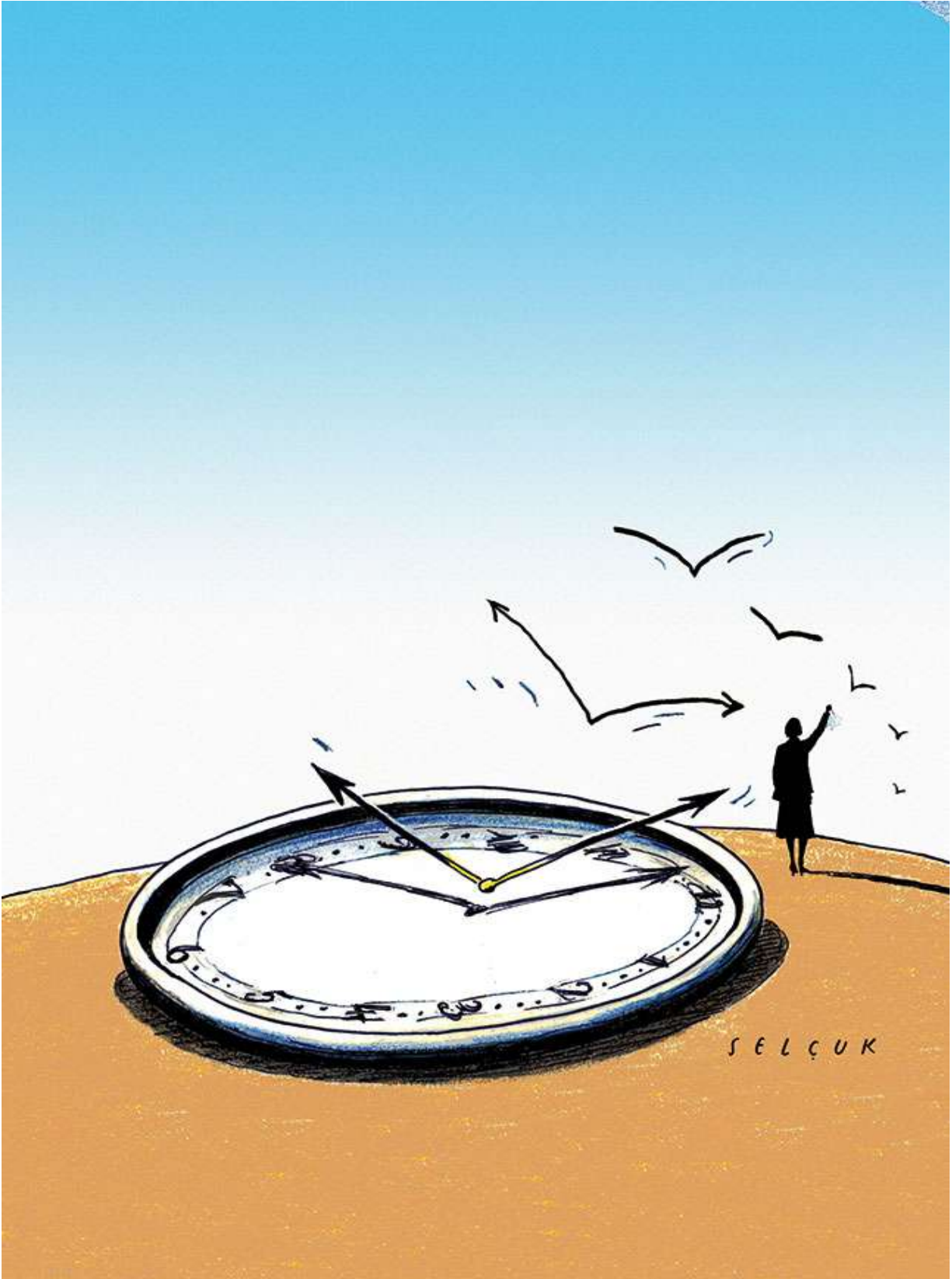




Si no entra el pánico, la oscuridad suele reducir la prisa. Hay más tiempo.

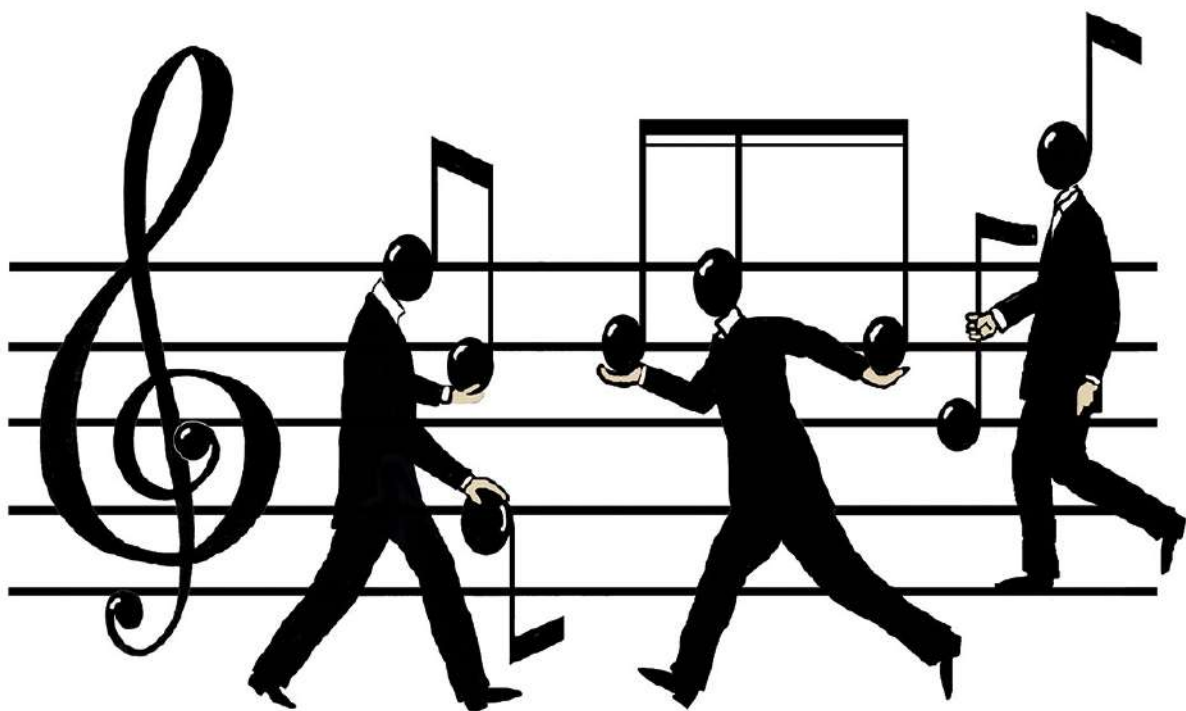


Una especie de tictac del tiempo de los pájaros, mucho más rápido que el nuestro.



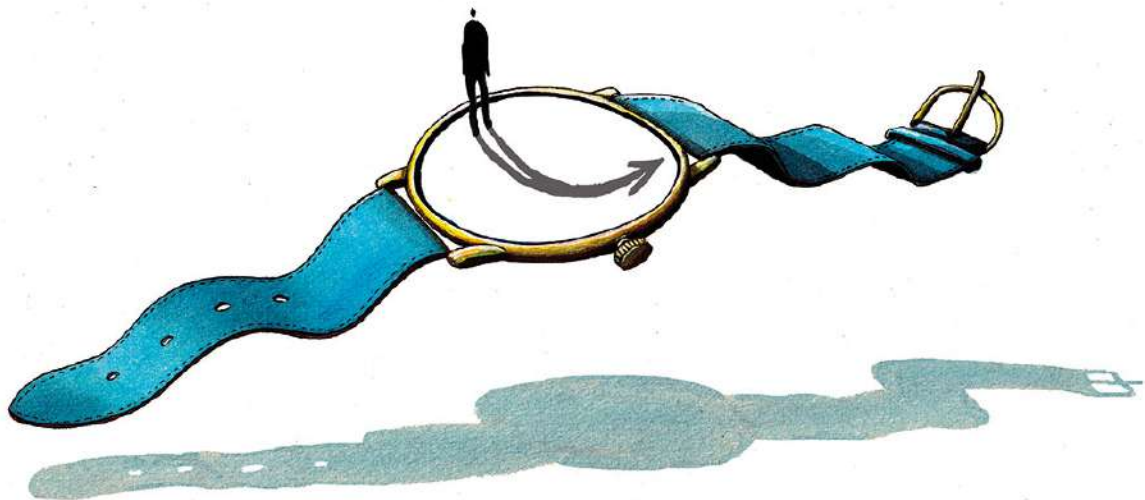


El tempo, el ritmo, los bucles, las repeticiones de una canción constituyen un lugar en el que refugiarse del tiempo lineal, un refugio en el que el futuro, el presente y el pasado pueden consolarse, provocarse e inspirarse, además de ironizar juntos.

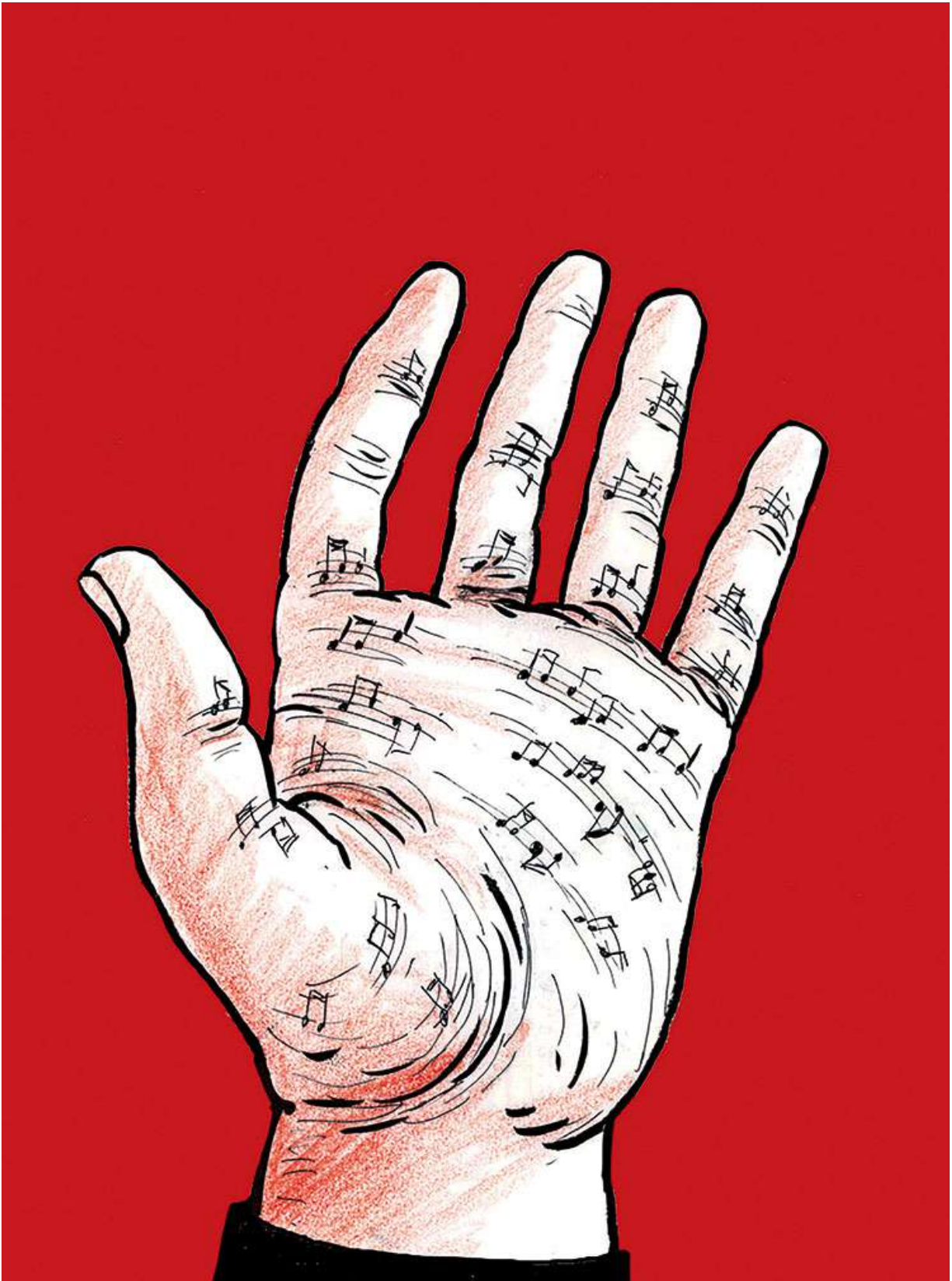


Las canciones pueden expresar la experiencia interior de Ser y de Devenir en este momento histórico, aunque sean viejas canciones. ¿Por qué? Porque las canciones son autosuficientes y porque estrechan entre sus brazos al tiempo histórico.

Las canciones abrazan al tiempo histórico sin ser utópicas.

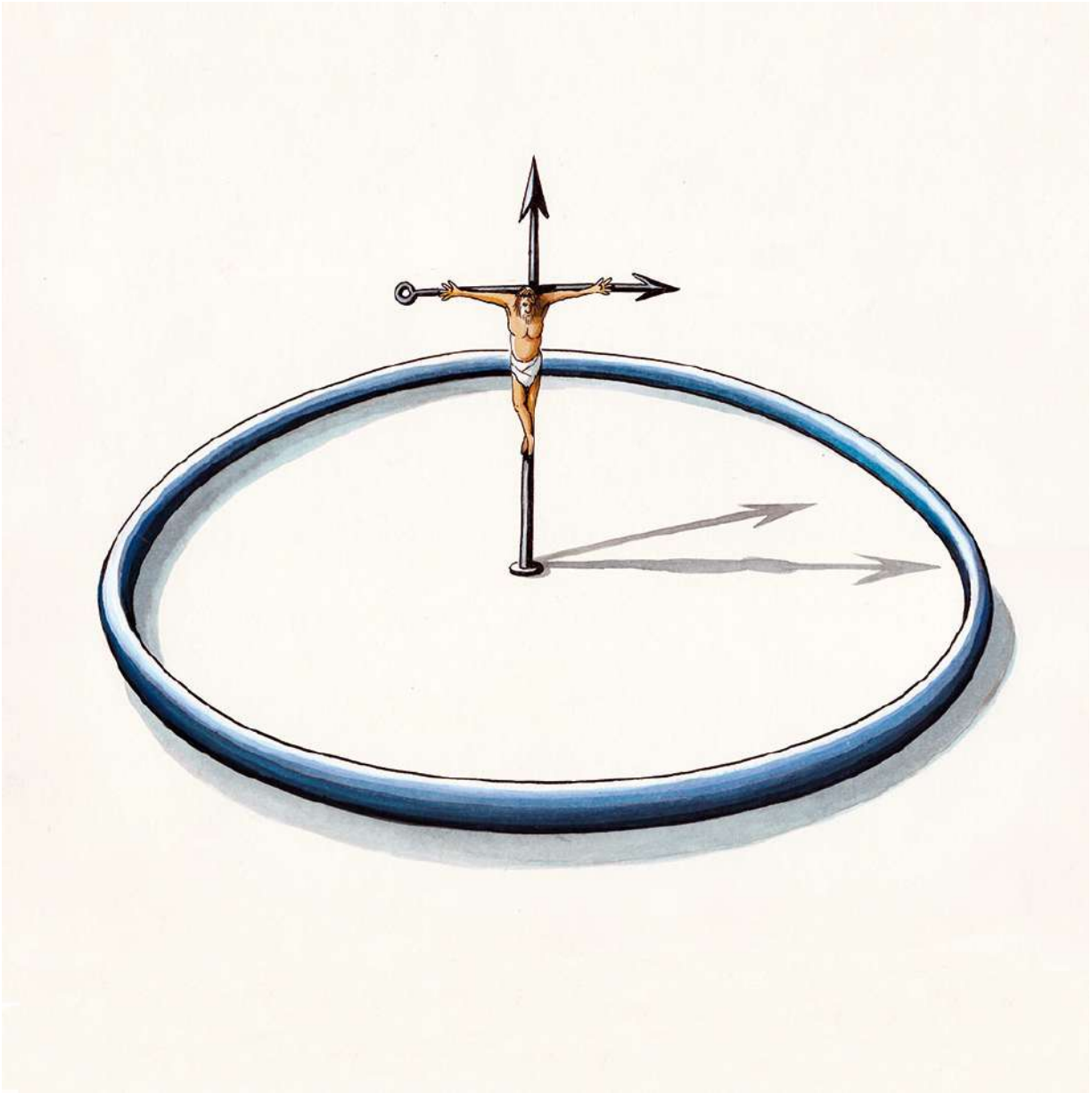


Así como el tema básico de la poesía es el paso del tiempo, así también el tema básico de la pintura es el del momento que se convierte en permanente.





¿Por qué se hacen autorretratos? Entre las muchas razones, hay una que es la misma que la que lleva a cualquier persona a hacerse retratar. Para producir una prueba de su existencia, una prueba que probablemente le sobrevivirá. Permanecerá su aspecto y permanecerá su mirada. Ambas cosas se expresan en inglés con la misma palabra, *look*; se diría que esta coincidencia sugiere el misterio o el enigma contenido en la idea. Su mirada nos interroga a quienes nos paramos frente al retrato, intentando imaginar la vida del artista.



Cuando uno se pone a dibujar,
pierde el sentido del tiempo,
de tanto que se concentra
en las escalas del espacio.



¿Dónde estamos cuando dibujamos? Se diría que la pregunta espera una respuesta espacial, pero ¿no podría ser temporal? ¿No es el acto de dibujar, así como el dibujo en sí mismo, más devenir que ser o estar? ¿No es un dibujo lo opuesto a una fotografía? Las fotografías detienen el tiempo, lo capturan; mientras que los dibujos fluyen con él. ¿Podríamos decir que los dibujos son torbellinos en la superficie de la corriente del tiempo?



Cada tipo de dibujo habla en un tiempo distinto.





Quienes dibujamos no solo dibujamos a fin de hacer visible algo para los demás, sino también para acompañar a algo invisible hacia su destino insondable.

«Mas no por ello dejamos de sentir y experimentar que somos eternos. Pues tan percepción del alma es la de las cosas que concibe por el entendimiento como la de las cosas que tiene en la memoria. Efectivamente, los ojos del alma, con los que ve y observa las cosas, son las demostraciones mismas. Y así, aunque no nos acordemos de haber existido antes del cuerpo, percibimos, sin embargo, que nuestra alma, en cuanto que implica la esencia del cuerpo desde la perspectiva de la eternidad, es eterna, y que esta existencia suya no puede definirse por el tiempo, o sea, no puede explicarse por la duración».

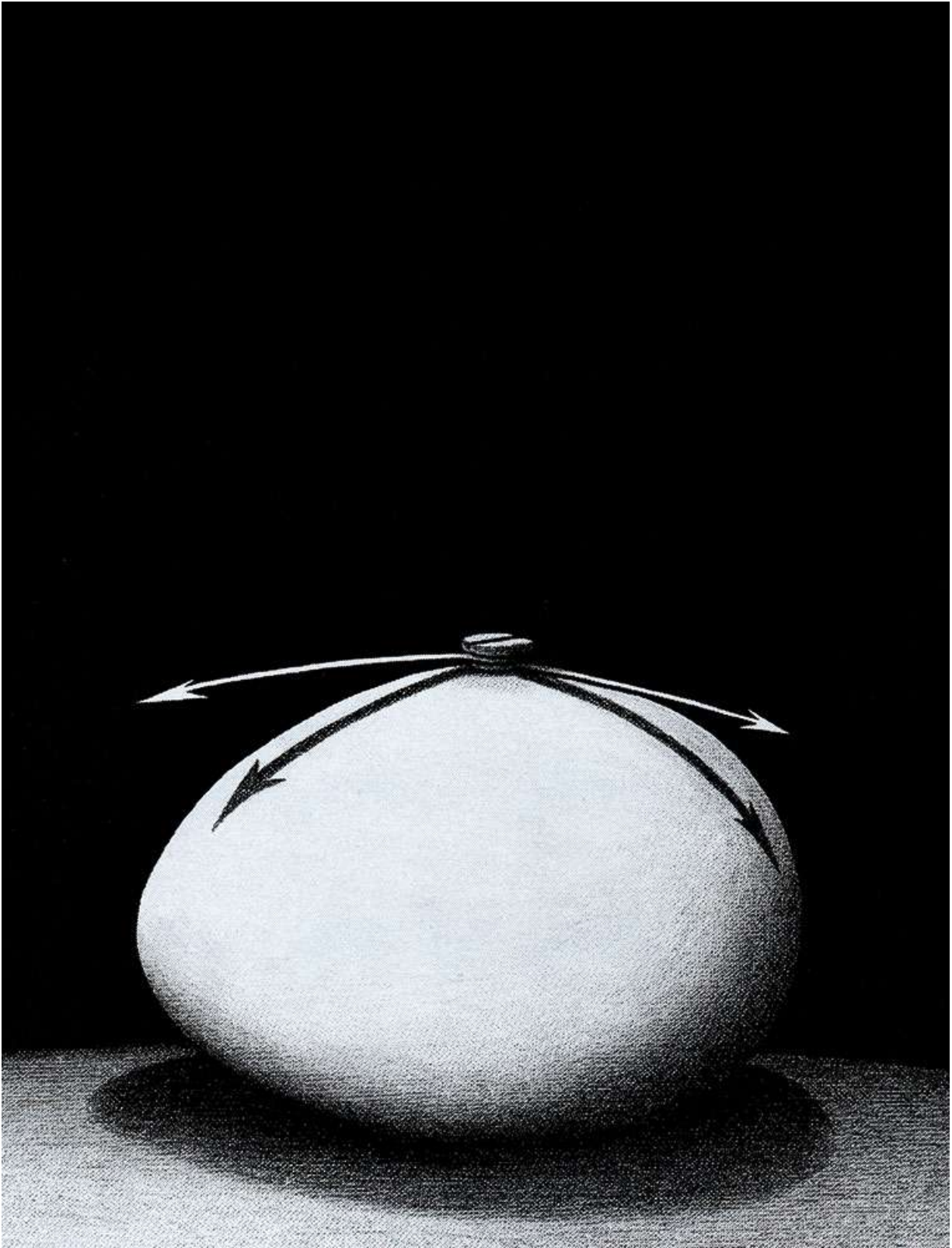
(Spinoza, *Ética*,

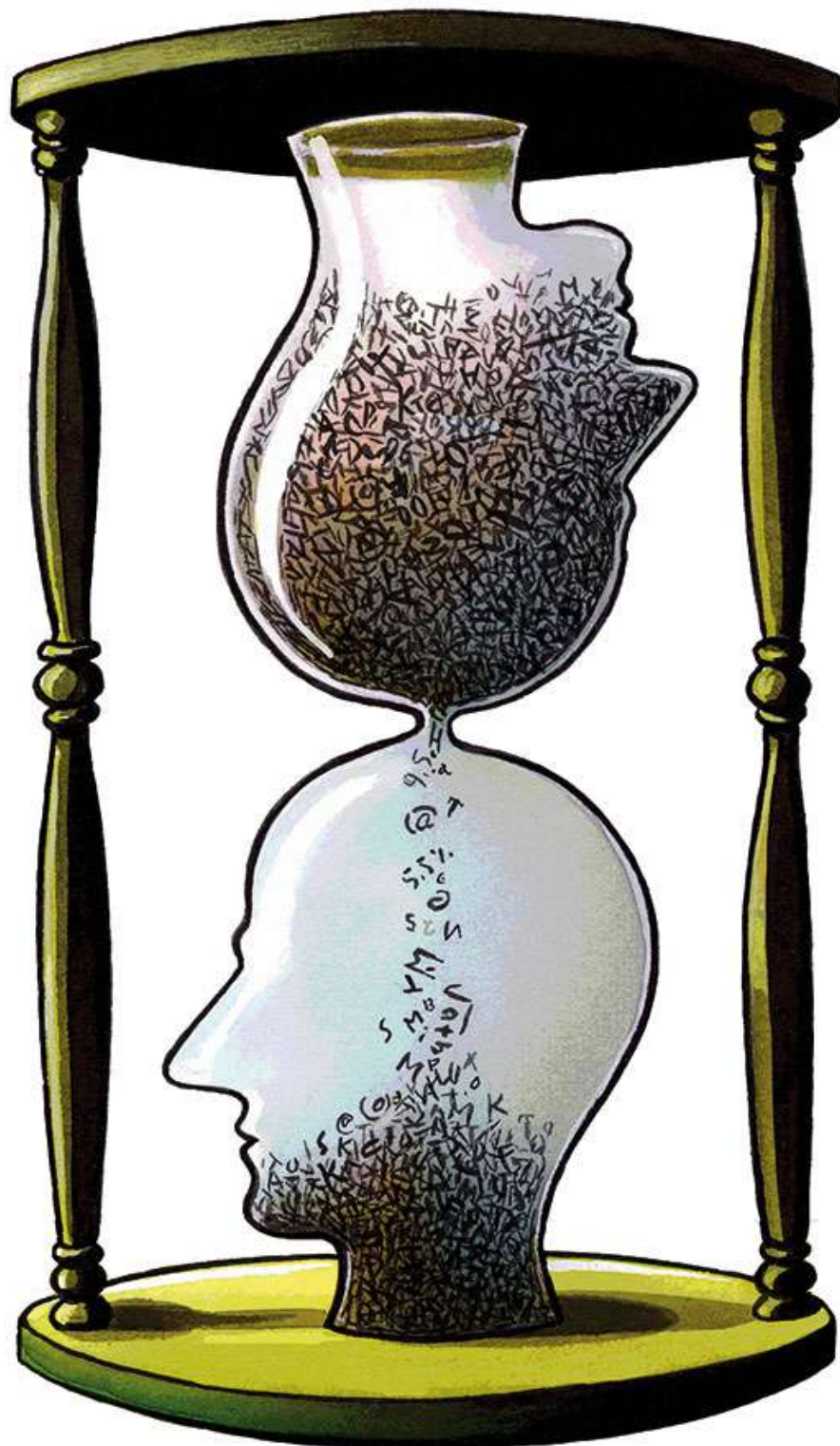
Parte Quinta, Proposición XXIII)[1]

[1] Spinoza, *Ética*, traducción del latín de Vidal Peña, Madrid: Alianza Editorial, 2011. (N. de la T.).



El tiempo lo dirá.





Si te ha gustado

¿Estamos a tiempo?

te queremos recomendar

Juventud sin Dios

de Ödön von Horváth



LOS NEGROS

25 de marzo

Sobre mi mesa hay flores. Preciosas. Un regalo de la buena de mi casera, porque hoy es mi cumpleaños.

Pero necesito la mesa y pongo las flores a un lado, y también la carta de mis ancianos padres. Mi madre ha escrito: «En el día en que cumples treinta y cuatro años te deseo, hijo mío querido, todo lo mejor. ¡Que Dios todopoderoso te dé salud, suerte y felicidad!». Y mi padre ha escrito: «En el día en que cumples treinta y cuatro años, hijo mío querido, te deseo todo lo mejor. ¡Que Dios todopoderoso te dé suerte, felicidad y salud!».

La suerte siempre puede necesitarse, me imagino, y sano también estás, gracias a Dios. Toco madera. Pero ¿feliz? No, feliz en realidad no soy. Pero, al fin y al cabo, nadie lo es.

Me siento a la mesa, le quito el corcho a un frasco de tinta roja, me pongo los dedos perdidos y me enfado. ¡Deberían inventar de una vez una tinta con la que fuera imposible mancharse!

No, ciertamente no soy feliz.

«No pienses esas bobadas», digo increpándome. Tienes un puesto seguro con derecho a pensión, y eso, en los tiempos que corren, en los que nadie sabe si mañana la tierra seguirá girando, ¡eso ya es mucho! ¡Cuántos no darían lo que fuera por estar en tu lugar! ¡Con lo escaso que es el porcentaje de candidatos a maestro que realmente pueden llegar a serlo! Da gracias a Dios por pertenecer al cuerpo de maestros de un instituto de la ciudad y poder llegar a viejo y chocho sin problemas económicos! Puedes llegar incluso hasta los cien años, ¡quizá hasta te conviertas en el habitante más anciano de la patria! Entonces, el día de tu cumpleaños, saldrás en la revista y debajo pondrá: «Aún tiene la cabeza perfecta». ¡Y todo eso con pensión! ¡Piénsalo y no ofendas a nadie!

No ofendo a nadie y empiezo a trabajar.

A mi lado hay veintiséis cuadernos azules, veintiséis chicos, más o menos de en torno a catorce años, ayer, en la clase de Geografía tuvieron

que escribir una redacción, yo doy clase, por cierto, de Historia y Geografía.

Afuera aún brilla el sol, ¡qué bien se tiene que estar en el parque! Pero el trabajo es lo primero, corrijo los cuadernos y anoto en mi libreta quién es bueno y quién no.

El tema impuesto por la inspección es: «¿Por qué debemos tener colonias?». Sí, ¿por qué? ¡Pero escuchemos...!

El primer alumno empieza por *b*: se apellida Bauer, de nombre de pila Franz. En esta clase no hay ninguno que empiece por *a*, pero a cambio tenemos cinco con *b*. ¡Cosa extraña tanta *b* con solo veintiséis alumnos! Pero dos bes son gemelos, de ahí lo inusual. Automáticamente echo un vistazo a la lista de apellidos de mi libreta y compruebo que a la *b* casi la alcanza la *s*..., cierto, cuatro empiezan con *s*, tres con *m*, dos con *e*, *g*, *l* y *r*, uno con *f*, *h*, *n*, *t*, *w* y *z*, mientras que ninguno de los chicos empieza con *a*, *c*, *d*, *i*, *o*, *p*, *q*, *u*, *v*, *x* o *y*.

Bueno, Franz Bauer, ¿por qué necesitamos colonias?

«Necesitamos las colonias —escribe—, porque precisamos de numerosas materias primas, porque sin materias primas no podríamos dar trabajo a nuestra industria de primera categoría teniendo en cuenta su esencia intrínseca y su valor, lo cual tendría como consecuencia intolerable que el obrero nativo volvería a quedarse sin empleo». ¡Muy cierto, querido Bauer! «Pero no se trata del obrero», sino... ¿Bauer?, «se trata más bien del conjunto del pueblo, pues, al fin y al cabo, el obrero también pertenece al pueblo».

Se me pasa por la cabeza que, sin duda, este es, en último término, un descubrimiento magnífico, y, de repente, vuelve a llamarme la atención con cuánta frecuencia nos sirven los saberes antiquísimos como si fueran lemas formulados por primera vez. ¿O es que siempre ha sido así?

No lo sé.

Ahora solo sé que tengo que volver a leer veintiséis redacciones, redacciones que, partiendo de presupuestos erróneos, llegan a conclusiones falsas. Qué bonito sería que lo «erróneo» y lo «falso» se eliminaran mutuamente, pero no lo hacen. Deambulan cogidos del brazo cantando estribillos sin contenido.

¡Como funcionario municipal me cuidaré bien de no hacer ni la más mínima crítica a esta adorable canción! Aunque duela, ¿qué puede hacer un individuo solo contra todos juntos? No puede más que enfadarse en silencio. ¡Y yo no quiero enfadarme más!

¡Corrige deprisa, quieres ir al cine!

Pero ¿qué es lo que escribe N?

«Todos los negros son ladinos, cobardes y vagos».

¡Demasiado absurdo! ¡Lo tacho!

Y voy a escribir con tinta roja en el margen: «¡Generalización ridícula!»..., entonces me detengo. Cuidado, ¿acaso no he oído hace poco en alguna ocasión esta frase sobre los negros? Pero ¿dónde? Exacto: salía del altavoz del restaurante y casi me quitó el apetito.

Así que dejo estar la frase, pues lo que se dice en la radio ningún maestro puede tacharlo del cuaderno.

Y, mientras sigo leyendo, no dejo de oír la radio: susurra, aúlla, ladra, arrulla, amenaza... y los periódicos lo reproducen y los chiquillos lo copian.

Ya he dejado la letra *t* y ahora viene la *z*. ¿Dónde está *W*? ¿He traspapelado el cuaderno? No, *W* ayer estuvo enfermo..., el domingo se pilló una pulmonía en el estadio, cierto, el padre me lo comunicó por escrito como es debido. ¡Pobre *W*! ¿Por qué vas también tú al estadio si está diluviando y hace un frío helador?

Se me ocurre que esa pregunta podrías hacértela también a ti mismo, pues el domingo tú también estuviste en el estadio y aguantaste fiel hasta el pitido final, aunque el fútbol que ofrecieron ambos equipos no fue en absoluto de primera. Sí, el juego fue incluso francamente aburrido..., así que ¿por qué te quedaste? ¿Y contigo treinta mil espectadores que habían pagado?

¿Por qué?

Cuando el extremo derecha dribla al lateral izquierdo y centra, cuando el delantero centro lanza el balón al espacio vacío y el portero se tira, cuando el lateral izquierdo deja la defensa y fuerza el juego por el ala, cuando el defensa salva la línea de meta, cuando uno carga de mala manera o hace un gesto caballeroso, si el árbitro es bueno o débil, parcial o imparcial,

entonces para el espectador no existe en el mundo nada excepto el fútbol,
ya brille el sol, ya llueva o nieve. Entonces lo ha olvidado todo.

¿Qué es «todo»?

Tengo que sonreír: los negros, probablemente...

¿Estamos a tiempo?



El escritor austríaco de origen húngaro Ödön von Horváth (1901-1938) considerado como uno de los escritores en lengua alemana más críticos de todos los tiempos. Admirado por Hermann Hesse, Thomas Mann o Joseph Roth y Peter Handke llegó a a escribir un artículo titulado «Horváth es mejor que Brecht». Su estilo está marcado por el desconcierto y su nada estilizado sentimentalismo y frases trastornadas, que muestran los brincos y contradicciones de la conciencia. En 1931, fue galardonado junto con Eik Reger con el Premio Kleist.

John Berger

Título original: *What Time Is It?*

© John Berger, 2018 and John Berger Estate

© De las ilustraciones: 2018, Selçuk Demirel

© De la edición e introducción: 2018, Maria Nadotti

© De la traducción: Pilar Vázquez

Edición en ebook: febrero de 2019

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-14-5

Diseño de colección y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

¿Estamos a tiempo?

Tomarse el tiempo

Promoción

Sobre este libro

Sobre John Berger

Créditos

Índice

Contraportada

«John Berger y Selçuk Demirel empezaron a pensar y a trabajar en este libro en 2016. En él tratan una cuestión crucial para ambos: el tiempo. El tiempo como concepto filosófico que cambia según los momentos históricos y políticos del pensamiento; el tiempo de la memoria y del duelo; el tiempo del amor y de la esperanza; el tiempo del cuerpo biológico, prisionero de sus ritmos implacables, y aquel, eterno, de la conciencia; el tiempo de la resistencia y de la revuelta, del proyecto y de la visión; el tiempo de la naturaleza, entre la duración efímera de la mariposa y el tiempo rocoso y, sin embargo, morrénico, de las montañas y de los glaciares; el tiempo despiadado e indiferente del capital, que condena a la obsolescencia todo lo que encuentra a su paso; el tiempo de los sueños y de la invención, de la escritura y del dibujo».

[De la presentación de Maria Nadotti]

«Toda su obra literaria es el testimonio de alguien que contempla un universo que se desvanece ante sus ojos, ya se trate de la gran pintura europea o de la vida en los pequeños pueblos de la Europa rural».

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS, *El País*

Nørdicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire



IBIC: FA
ISBN: 978-84-17651-08-4



9 788417 651084